

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Directores: Prof. JOSE ANDRES ORANTES — Sr. JUAN FELIPE TORUÑO

Redacta: JUAN FELIPE TORUÑO

Tercera época No. 158	San Salvador, El Salvador, Junio de 1943	Año XXXI
-----------------------	--	----------

De la Dirección

Las Instituciones y los Nuevos Tiempos

HOY que se tambalea la cultura secular del mundo, se pone de manifiesto el hecho de que las grandes civilizaciones —en parte— edificaron sobre arena, y en vano los hombres se afanan en buscar los frutos del trabajo desarrollado por academias y cuerpos docentes, e infructuosa es su labor para descubrir el espíritu de los grandes discursos.

Las Instituciones que laboran por el advenimiento del espíritu no dejan oír su voz, y los socios de número permanecen silenciosos, esperando la desaparición de alguno de los fundadores para pronunciar elegías y concurrir a las recepciones de ilustres sustitutos; o esperan pacientemente el informe de una comisión que estudia un asunto por largos años para emitir un juicio tardío o incompleto; o aguardando un nuevo vocablo para iniciar la clásica polémica que termina con una resolución más o menos acertada.

Las Instituciones que se dedican al cultivo del pensamiento viven en eterna renuncia de los hechos tangibles, concretándose a plasmar su nombre por medio de relaciones diplomáticas, a fin de formar las élites privilegiadas de la filosofía y de la sistematización; pero en ningún momento son las instituciones al servicio de la vida: no son baluartes de la defensa, no cristalizan doctrinas, no van a la conquista de intereses espirituales y, familiarizadas con sus abstracciones, no pueden saltar ágiles al campo de las concreciones.

El tiempo es la medida de los valores y de los movimientos, y los hombres del futuro encontrarán la medida de las instituciones de hoy, en los valores conquistados para el espíritu, los que no serán destruidos por los proyectiles ni absorbidos por los crueles egoísmos.

El que los hombres se asocien significa la conjugación de ideales para generar conciencias directrices en las actividades individuales y colectivas;

agruparse para perfilar una ciencia o propagar una doctrina, es poca cosa en estos tiempos en que las instituciones han de marchar hacia la reivindicación social, por cuya causa la intensidad del vivir ya no admite manifestaciones abstractas, pues vivir —conforme al credo actual— es manifestación concreta de modo que la conciencia sea luz en la estructuración de hombres superiores. Asociarse para recibir laudos o aplausos, en horas emocionantes, es síntoma de agonía; pero no de la agonía que salva de los poderes de la muerte, sino de aquella que abate a los enfermos desahuciados.

La agonía de las instituciones de visión no es la postración de los vencidos, sino la lucha del espíritu contra las adversidades; es el esfuerzo del hombre para sobreponerse a los dolores de la materia; es la lucha por llegar a la transición entre el fracaso y el triunfo, de la impotencia a la potencialidad, de lo mensurable o lo inmensurable, de lo finito a lo infinito. Estos géneros de agonía son los que convulsionan al mundo actual.

Las organizaciones de filósofos, científicos y artistas deben participar en las conmociones, no para la destrucción, sino para la defensa del espíritu sin dañar los intereses del cuerpo; deben luchar por la especie, sin dogmas exclusivistas; deben alistarse en la defensa de los principios de la cultura, fortaleciendo los fundamentos de la civilización, y sin descuidar las rectificaciones indispensables para que todos los hombres participen del bienestar que brindan las ciencias y las filosofías.

Esta doctrina necesita no sólo expositores, sino realizadores, y no vivirá por el discurso clásico ni por la expresión del libro o de la revista, pues sólo se cristalizará por medio de obras.

Los maestros adocenados pasarán a la condición de cosas viejas expuestas en museos poco visitados; pero los maestros de la enseñanza en la acción, serán los estructuradores de la nueva vida, serán los HOMBRES MAESTROS.

Conforme a este ideal deben moverse los ateneos para convertirse en manifestación del alma de las sociedades, y los ateneístas tienen que ser hombres-maestros para que sus manifestaciones —en lo individual o en lo colectivo— sean expresiones de paz, de amor y de libertad, y para que su actitud —ante el acontecer del mundo— encarne una resolución universal.



LA BELLA LITERATURA

Por el Doctor y Presbítero Juan Bertis.

Nació el doctor Juan Bertis el 13 de agosto de 1837 y falleció el 25 de agosto de 1899.

Fué sacerdote. Amó la dialéctica y gustó bucear en lo profundo de la escolástica. Catedrático de enseñanza-grandilocuente y sabia. Comentó a Demóstenes, pensó en latín como en español. Comentó a Bossuet. Indagó orígenes de razas y navegó en los océanos de la ciencia. Investigador insatisfecho, iba a todo punto en donde hubiera que extraer una experiencia.

Maestro de sólida contextura mental, ilustraba donde quiera que su palabra se dejara oír: tanto en el púlpito y en la cátedra universitaria, como en las reuniones en donde se congregaran los hombres del saber y del entender.

Se le recuerda siempre con veneración y tiene puesto de preferencia en la historia de El Salvador.

■ ■

SE disputaba en tiempo de Cicerón acerca de la utilidad de la bella literatura. No le bastó al orador romano haber sido por su elocuencia el hombre de la República, para exonerarse de rebatir las opiniones contrarias al estudio de los excelentes principios que desarrolló tan magistralmente en sus tratados de retórica.

El estudio de las reglas, afirmaban algunos, es inútil para el que tiene disposiciones naturales, porque ellas son el todo en la elocuencia y en la poesía; y con más razón para el que de ellas carece, pues en este caso a nada conducen todos los preceptos del arte. Pero aún adelantaban más otros, que no satisfechos con proscribir las reglas, intentaban extirpar de su república tanto a los oradores cuanto a los poetas, como a los enemigos más capitales de la verdad y de la virtud. Es nuestro ánimo decir alguna cosa a unos y otros sobre el particular.

Las cualidades de la naturaleza son tan indispensables para conducir el arte a la más alta perfección,

que sería imposible sin ellas a las producciones del espíritu salir de la triste y limitada esfera de una ruda mediocridad. ¿Qué son los preceptos de la retórica para el que sólo extiende su reflexión a distancias muy comunes y sobre objetos muy conocidos; que no imagina sino lo que ve, ni puede triunfar un solo instante de la tibieza y aun frialdad de sus propios sentimientos? ¿Qué fuerza humana torcerá con el mejor éxito las inclinaciones profundas que muy de antemano muestran el movimiento que requiere la juventud para llegar a su perfección? Por ventura podrá elevarse en la escala sublime de las abstracciones el hombre que parece haber nacido para seguir los pasos lentos de manso animal que abre a la semilla la superficie de la tierra? Y el que sólo pretende vivir dentro de sí mismo, ¿podrá consumir con fruto los días y los años en medio de las mieses o en los talleres de las artes? La inclinación es, pues, una antorcha segura para buscar en el espíritu los talentos que deben cultivarse; y el descubri-

miento de esas potencias anuncia lo que puede ser el hombre en la carrera de la vida. Semejantes a una tierra virgen, ellas harán fructificar las plantas más útiles: sobre ellas podrá levantarse el árbol protector y benéfico que cobijará con sus copas numerosos rebaños; o talvez brotarán por donde quiera abundantes abrojos, venenosas pasturas, flores inútiles y toscos y groseros frutos.

Qué habrá de ser, pues, el hombre que cuenta con las disposiciones más felices de la naturaleza? Poco o mucho, y acaso nada menos que nada, según el cultivo que reciba. Si ellas se empeñan primero en un camino seguro de todo extravío, marcharán siempre con rectitud; y si este camino tiene por término y blanco la utilidad común, entonces la gloria anunciará muy altamente lo que haya de ser para el universo y la posteridad el hombre que cuenta con disposiciones tan brillantes y un cultivo tan esmerado. Pero ¿se abandonan aquellas así mismas? ¿Se sanciona, por fin, el libertinaje de la imaginación, y se arrasan los diques levantados por la sabiduría a la impetuosidad de los sentimientos? Pues nada es ya el que todo lo prometía; y en una situación fugitiva, no más que para hacer visibles en cierto modo las tinieblas que le circundan.

No siempre el talento es el mejor garante de la verdad, ni la sensibilidad un signo infalible de la elocuencia. ¡Cuántos entendimientos claros e ingenios perspicaces no se sumergen a cada paso en la confusión de las ideas y el embrollo de los juicios! Desprovistos de todo criterio, desnudos de toda regla, no aciertan ni en la elección de la materia, ni con el exacto sistema de los procedi-

mientos. La imaginación interpone sus brillantes y seductores delirios entre la razón y las cosas, el sentimiento huye de cuanto no le estimula, y se abandona sin tregua a los aguijones que le excitan; todo lo altera y confunde, y a medida que se adelanta su experiencia, multiplica los obstáculos para el conocimiento exacto del hombre moral. ¿Dónde se hallará, entonces, la verdad? ¿Dónde la persuasión? ¿Dónde finalmente la elocuencia que merezca este nombre? Para afianzar, pues, el imperio de la verdad sobre la conducta de los hombres, ¿bastarán el talento sin el ejercicio, el ejercicio sin las ciencias o las ciencias sin aquel majestuoso vestido que atrae sobre ellas vehemente y eficaz inclinación a la práctica de las verdades que proponen? ¿Por ventura basta para ser elocuente, lo que se necesita para obrar un movimiento mecánico en la multitud? ¿O acaso la verdad tal como sale de las especulaciones científicas, tal como se muestra al entendimiento cuando le ilustra, bastará para contrapesar las pasiones y obtener un tiempo completo sobre las tendencias más dulces y arraigadas? No, dice Buffon: «la verdadera elocuencia supone el ejercicio del genio y de la cultura de la razón: es muy diferente de esa facilidad natural concedida a todos aquellos que tienen pasiones fuertes, órganos flexibles y dóciles, viva y pronta imaginación. Estos hombres sienten con viveza, saben manifestar esto de un modo muy sensible en lo exterior, y por una impresión puramente mecánica transmitir a los otros su entusiasmo y sus afectos. En ellos, el cuerpo es el que habla al cuerpo, y a esto concurren igualmente todos los movimientos. ¿Qué se necesita para

conmover y arrastrar a la multitud? Qué para hacer estremecer a la mayor parte de los hombres? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras».

Cuando nos proponemos sacar algún partido de los otros obligándolos a tomar alguna resolución determinada, no hay medio más peligroso que el de limitarse única y exclusivamente a mover los efectos. Todas las impresiones fuertes son por su misma naturaleza momentáneas y fugaces: en extremo falibles para contar con ellas, deben mirarse sólo como un estímulo poderoso para convertir el espíritu a la verdad. Cuando no hubiere otros objetos capaces de calmar el ardor de estos sentimientos facticios, la misma constitución del hombre sería bastante para desconfiar de ellos. Mil afectos se agolpan y suceden en nuestra alma, y las mismas imágenes nos ocupan alternativamente, como los delirios de un sueño, aún en las horas de la vigilia. El corazón es naturalmente inquieto, y cuando no hay solidez en las impresiones, aspira continuamente a reemplazarlas con la variedad y reproducción de las antiguas, o con la producción de otras nuevas. ¿No es una ley general, ley indispensable, y que no podría interrumpirse sin cambiar del todo la naturaleza del hombre? ¿Cómo, pues, una imagen viva, una expresión fuerte y animada, un gesto impetuoso y un rasgo patético serán parte a contener la ansiosa solicitud de nuestra alma en busca de objetos que vengán a reproducir los sentimientos que ya se han extinguido?

No ignoramos que hay momentos de inspiración en que el genio, echando al parecer una mirada des-

deñosa sobre el aparato erudito de las reglas, se lanza, a impulsos de una fuerza desconocida y superior, a una región muy alta, donde apenas nos es dado columbrarle. Los grandes sentimientos que parecen sacarlo todo de la nada, enriquecen los tesoros de la lengua, ensanchan la esfera del pensamiento, revelan arcanos desconocidos; y qué sabemos nosotros si este habrá dado origen al desprecio insensato de los principales. Pero ¿es exacta esta consecuencia? Cuando no se cuenta con otra cosa, muy poco se avanza en la oratoria, pues tales arrebatos producen cuando mucho un rasgo patético, algunos pormenores brillantes, ciertas frases atrevidas; mas nunca un designio completo, un basto conjunto y un todo regular. La *Iliada* y la *Eneida*, el discurso por la Corona, la defensa de Milón, la oración fúnebre de Enriqueta María de Francia, el sermón sobre el corto número de los escogidos, y el homenaje ofrecido por Maury en presencia del clero galicano al Santo Pontífice de Hipona, obras admirables se presentan a nuestra vista, insignes, incomparables; dechados perfectísimos donde el genio está en su mayor altura y en sus ápices el buen gusto; y sin embargo, ninguna de ellas nos parece que deba referirse únicamente a la inspiración. Hay también discursos improvisados, como el primero de Cicerón contra Catilina; pero lejos de ser ésta una demostración contra las reglas, es un documento práctico que las sostiene; porque estas elocuciones repentinas son menos el efecto inmediato de la naturaleza, que el resultado neto de un hábito bien adquirido. Reflexiónese que quien hablaba era Cicerón, es decir, un hombre que había he-

cho rendir mediante su industria, los frutos más abundantes a las disposiciones más excelentes; que desde sus tiernos años había empezado a enriquecerse con todos los conocimientos útiles, que dominaba todas las reglas del arte, que las aplicaba con extrema facilidad, por serle ya familiar esta clase de ejercicio; y que bajo este respecto sus alocuciones momentáneas estaban dispuestas desde su juventud.

Sería necesario dar en una proligidad fastidiosa para no detenerme aquí, tratándose de justificar que las disposiciones de la naturaleza, sin las cuales vendrían a ser inútiles todos los procedimientos del arte, exigen un sistema de principios y un fondo competente de instrucción, a fin de producir sus verdaderos resultados; y que tan fácil es concebir un orador sin talentos y doctrina, como sin el conocimiento práctico de las reglas esenciales del arte.

¿Y qué, una imaginación menos viva, una sensibilidad menos impetuosa, nos dan motivo de creer que con ellas faltan del todo las disposiciones que se requieren para estudiar con fruto el arte de la elocuencia? Así lo han entendido muchos para quienes el cultivo de la Literatura es del todo supérfluo cuando la naturaleza no se ha insinuado con dotes maravillosas y disposiciones gigantescas. Esta opinión reducida a sus justos límites es tan exacta, como falsa y perniciosa en este grado de exageración. No debe hacerse de la elocuencia un miserable juego de palabras técnicas, un taller de figuras ofrecidas de propósito, para exornar el discurso, ni un mecanismo casi material de lugares comunes; pero tampoco puede limitarse el provecho que de ella debe sacarse a las

transformaciones admirables que en mil circunstancias sabe producir el corazón. Muy diferente de la poesía, la elocuencia ilustra y hace provechoso el talento mediano, admite sus grados diferentes como la música sus tonos y casi nunca deja de recompensar con usura los trabajos del que la cultiva. Sin salir de lo que propiamente se llama oratoria, ¡cuántos grados diferentes y a qué distancia los unos de los otros pudieran hallarse entre los hombres todos que se han ejercitado en el uso de la palabra! ¿No nos agradan lo mismo el desaliño enérgico de Demóstenes y la compostura llena de atractivos que se ostenta en la frase del orador romano? ¿No son tan dignos de memoria los rayos que Bauraloue lanzaba para rendir y anonadar la soberbia de una razón altiva y presuntuosa, como el arte feliz con que se introduce tan suave como irresistible el autor de la «Impenitencia final»? ¡Y qué! ¿podríamos dar un fallo decisivo entre Bossuet y Fenelón, sin embargo de encontrarse diferencias tan extremadas entre uno y otro? Bossuet a la orilla de una tumba ve muy pequeños los palacios, muy miserable la opulencia, muy débiles a los señores del mundo: es un Hércules que parece más brillante su victoria. ¿Qué panegirista más grande ha tenido la grandeza? ¿Qué pintor más sublime ha podido apetecer ni aún imaginar la gloria mundana? Sin embargo, no bien las hace brillar con todo su esplendor, cuando una y otra desaparecen al soplo de sus labios.

Por muy diferente rumbo, ¡cuánto nos cautiva nuestro corazón el arzobispo Cambray! Tranquilo como la muda corriente que se desliza por entre las flores delicadas, pero se-

ductor irresistible, como el aspecto inefable de una mañana de primavera; sencillo en extremo, pero hábil en gobernar nuestro albedrío; casi no sabemos que nos habla, sino cuando nos tiene dulcemente ligados con las cadenas de oro a su boca elocuente.

El arte de hablar en toda su extensión abraza todas las composiciones literarias, da reglas comunes a la poesía, a la prosa y ofrece documentos preciosos para ilustrar el talento de cada uno. El poeta y el orador no han menester de cultivarle más que el historiador y el filósofo; y así como todas las ciencias y las artes pagan su contingente a la elocuencia, así también esta se esmera en indemnizarlas a todas, haciendo fácil la exposición de sus principios, generalizando el interés de sus resultados y extendiendo de mil maneras el número de sus atractivos.

Pero, ¿qué! ¿no tienen interés en el estudio de los principios, sinó únicamente el orador que conmueve, el poeta que recrea, o el filósofo que instruye? Si no nos es dado elevarnos a semejante altura, podremos adquirir a lo menos otros derechos a la estimación pública y algunos motivos de satisfacción íntima respecto de nosotros mismos. Sabremos gobernar nuestras impresiones, y dirigirlas bien dentro de nuestra propia esfera. Un trato exquisito, una frase pura y correcta, una conversación fluida y amena, un discernimiento ilustrado, ventajas inapreciables son en la carrera de la vida, y dotes muy dignas, de abrir un campo honorífico en la sociedad al que las posee. No es una condición demasiada triste depender en todo de impresiones casuales y talvez caprichosas, admi-

rar lo irregular, embelezarse con lo deforme y transportarse talvez con lo hinchado y declamatorio? No es muy triste confundir la zampoña rústica con la flauta melodiosa? Qué atractivos pueden tener los progresos de las bellas artes para el que no halla diferencias extraordinarias entre la catedral de su metrópoli y la soberbia cúpula de Miguel Ángel, entre el designio vulgar de una pintura mediana y las sublimes concepciones de Rafael? Pues he aquí la menor ventaja que puede proporcionar el estudio de los principios, ventaja muy grande para un espíritu que no se levanta mucho de la esfera común; adquirir el tacto seguro que se llama buen gusto, ilustrar sus fallos para no aprobar sino lo perfecto, aplaudir la verdadera magnificencia, pulir digámoslo así, su sentimiento acerca de lo bello, lo grande o sublime; en una palabra, discernir con exactitud y sentir con fidelidad.

Pero todas estas son ilusiones, dicen algunos: la verdad, que es y debe ser todo para el hombre, tiene dos adversarios terribles en la poesía que protege siempre el imperio de la fábula, y la elocuencia que trastorna frecuentemente los sanos principios y extiende y propaga los errores más funestos. Sin duda que han existido muchos hombres que, convirtiendo contra su objeto primitivo las más bellas disposiciones de la naturaleza, han corrompido tan provechoso talento. «Acostumbrados, dice Cicerón, a sostener en los debates oscuros la mentira contra la verdad, han alimentado su atrevimiento con el uso de la palabra; y fué necesario que los primeros ciudadanos se ocupasen en contenerlos, y defender a los suyos contra los ataques de estos perversos. Seme-

jantes desórdenes atrajeron tanto menosprecio y aún odio a la elocuencia, que los hombres de mayor ingenio, huyendo del tumulto y las borrascas del foro, se refugiaban en el seno de los estudios pacíficos, como en un puerto seguro contra las tempestades. He aquí lo que derramó tanto brillo sobre las ciencias filosóficas y morales, a que dedicaban sus ocios los más esclarecidos talentos, renunciando a la elocuencia en el tiempo que más importaba conservar y extender su influjo saludable, puesto que mientras más profanaban un talento tan noble y honesto la osadía y la temeridad de la ignorancia y el crimen, más estrecha era la precisión de oponerlos, para bien de la República, una resistencia vigorosa y enérgica». De invent. Lib. 1o. cap. 3o.

Sería prudente, pues, ceder al sofisma el campo de la elocuencia? contentándonos únicamente con los documentos helados de un árido raciocinio? Ojalá en todos nuestros pensamientos no tuviera parte sino la razón, y que la voluntad, siempre fiel a las inspiraciones del entendimiento, abrazara dócilmente la verdad y tomase de continuo por blanco de sus deseos y por norma fija de su conducta. Mas por una desgracia inherente a la condición humana, el mundo moral se rige muy de otra manera que el mundo geométrico, y la verdad y las pasiones se han disputado constantemente el imperio de la conducta. El eco no había vuelto aún el canto de los pastores, la musa no había comenzado a encarecer el trabajo de la agricultura, ni la trompa épica remitido a la posteridad las hazañas de los héroes, cuando se había ya empeñado en el universo aquella lucha tremenda, y es muy

digno de notarse que el dolor y el arrepentimiento fueron los primeros poetas y músicos de la tierra. Antes de levantarse el himno puro de la inocencia o de la gratitud, se habían llorado ya los estragos del crimen; y los triunfos de las pasiones precedieron con mucho a los triunfos de la elocuencia y de la poesía.

¿Qué no ha menester la verdad para enseñorearse del corazón? Su semblante es adusto y severo, sus máximas inflexibles, sus goces muy espirituales, sus recompensas muy lejanas, para que se baste a sí misma y pueda tener prosélitos en su desnudo y original aspecto. Mientras ella se muestre durante el período de la vida, necesita tomar el traje de la moda, buscar atavíos seductores, lisonjear los sentidos, y abrirse brecha no pocas veces al imperio del corazón por el insensible y dulce camino de una prudente y suave condescendencia. Mucho es obligar a un adversario a suscribir a la evidencia que resulta del encadenamiento fiel de las consecuencias con el principio; pero esto es lo que basta?» Éxito lisonjero, dice Guillón, pero fugitivo cuando no tiene más garantía que el sufragio del entendimiento, no consigue por lo común sino una aprobación fría, un homenaje árido e inanimado, algunas veces la tentación fuerte de vengarse del fastidio con la duda, y el despecho secreto de una división íntima y profunda entre el asentimiento de lo verdadero y las resistencias de la voluntad.

Quítese la persuasión de los discursos y la luz de la verdad brillará siempre para que se reconozcan los crímenes; mas desprovista de calor y fuerza, no contribuirá jamás a disminuir su número entre los hombres,

ni a extender y prolongar el ascendiente de la virtud. Pero ¡qué cuadro tan diferente nos presenta la verdad cuando se distribuye por la elocüencial! El corazón cede, las pasiones se alistan bajo el estandarte de la ley, y entran, por decirlo así, en los grandes y sólidos intereses de la razón. Un juicio recto, se transforma en un cuadro delicioso, en una perspectiva llena de gracias y donde se siente en alto grado el aliento de la vida.

Qué no debe la verdad, no digamos a la elocuencia que tiene un objeto tan serio y un fin de la más alta gerarquía, sinó en general a todas las bellas artes? Oigamos a un escritor del siglo de Luis XIV, a un hombre dignísimo bajo todos los aspectos de arrebatarse nuestra convicción. «Los griegos, dice Fenelón, que llevaron a una perfección tan elevada la música y la poesía, pretendieron con esto inflamar el valor e inspirar los grandes sentimientos. Con la música y la poesía se preparaban a los combates; y el sonido de los instrumentos los arrojaba a un entusiasmo y en una especie de furor que llamaban divino. Por la música y la cadencia de los versos suavizaban a los pueblos más feroces, hacían entrar con el placer la sabiduría en el fondo de los corazones de los niños; los cantos de Homero les inspiraban agradablemente el desprecio de la muerte, de las riquezas de los placeres que ablandan el alma; el amor de la gloria, de la libertad y de la patria. Mil instrucciones se contenían en sus fábulas y en sus poemas: de este modo la más grave y austera filosofía no se mostraba por el común sino bajo un semblante risueño; y todas las artes, en fin, que consisten o en los soni-

dos melodiosos o en los movimientos del cuerpo, en las palabras, es decir, la música, la danza, la elocuencia y la poesía, no fueron inventadas sino con el fin de inspirar grandes sentimientos en el alma de los hombres, haciéndoles pinturas vivas y patéticas de la hermosura de la virtud, de la deformidad del vicio, y obligando a todas aquellas artes a entrar en los designios respetables y augustos de la moral y de la religión».

Sin duda que tenemos pseudo oradores, lo mismo que pseudo filósofos; que mil veces y a cada paso se han visto usurpados y desconocidos los fueros de la razón; que una elocuencia falaz y seductora ha comprometido los intereses, más caros, atacado las instituciones más venerables y desconcertado los planes más grandiosos; que la prostitución tiene sus filósofos, sus apóstoles el interés personal, y sus profetas vehementes la ambición. Pero qué hemos de inferir de aquí? Qué la verdad se despoje de todos sus atractivos, que deseche los bellos triunfos de la imaginación y conserve siempre la fría temperatura del cálculo y del raciocinio? Y cual será entonces el resultado de esa lucha eterna que sostiene contra el error y contra el vicio? Ah! muy pronto caerán sus defensores en el menosprecio, se arruinarán sus templos, volveráse a los cielos, y la tierra quedará inundada en el diluvio de errores y de crímenes. No condemos el uso de las cosas por el abuso que de ellas pueda hacerse; no arruinemos la institución, sino procuremos su reforma; ni arrebatados por un celo indiscreto, añadamos el delirio de destruir al atentado de profanar. Si se abusa de la elocuencia y

de la poesía, nuevo motivo es éste para cultivarlas con esmero, oponer su original belleza a las galas postizas; las pinturas verdaderas a las fantásticas ilusiones; los movimientos decisivos a las conmociones pasajeras; la luz del sol a la débil antorcha que alumbra un aposento? la verdad en toda su fuerza, al error con su falsa energía; y la virtud, en fin, con sus temores y esperanzas, y con todos sus atractivos inefables, a los envenenados deleites del vicio y a todas las seducciones del mal.

«Lejos de menospreciar el estudio de la elocuencia, dice Cicerón, por el criminal abuso que de ella se hace todos los días en los negocios públicos y privados, es preciso tomar de aquí nuevos motivos para dedicarse a ella con el mayor interés, a fin de oponerse al ascendiente peligroso que usurpan los oradores perversos con detrimento sumo de los hombres honrados, y para la completa ruina de toda la sociedad; y tanto más cuanto que, siendo ella el gran resorte de las cosas públicas y privadas, debe hacerse segura, por ella honesta, por ella ilustre, por ella finalmente agradable la vida. ¿No es ella la que dirigida por la sabiduría, cuya voz debe guiarnos en todas las cosas, hace los estudios florecientes?

¿No es ella la que atrae sobre los hombres que la cultivan, la gloria, los honores y las dignidades? ¿No es, en fin, la que ofrece a sus amigos el amparo más seguro y la protección más poderosa? ¿No deben a la palabra muchos hombres tan débiles y miserables en mil cosas, la seguridad excelsa y visible sobre el bruto? ¡Cuán bello es, por tanto, ver elevarse al hombre sobre el hombre, por el mismo privilegio insigne que le ha colocado sobre todos los animales».

¡Qué autoridad más respetable y esclarecida pudiera encontrarse para condenar el furor de aquellos que manchan los puros atributos de la elocuencia, empleando en corromper el corazón los talentos preciosos que sólo pertenecen a la virtud, y para acallar las voces de esos espíritus fríos que, guiados por el orgullo de la ciencia, más bien que sostenidos por el celo de la verdad, quieren proscribir el arte de hacer a una y a otra encantadoras y amables, y sobre todo, reinas absolutas del corazón humano? Esto es lo que han hecho constantemente los hombres insignes a quienes aclama justamente la posteridad primeros luminaires de la elocuencia en la historia del espíritu humano.



EL CUENTO SALVADOREÑO

VENGANZA

Por el Doctor Alberto Rivas Bonilla.

Me Monto en un Potro titúlase el libro que el doctor Alberto Rivas Bonilla está editando. Es un libro de cuentos, y en él se encuentra el que va en estas páginas de ATENE O: *Venganza*.

El doctor Rivas Bonilla es un escritor de excelente vestimenta literaria, como también un observador de aguda pupila. Maneja con soltura el idioma. Gusta de la exactitud en el lenguaje y sus temas son extraídos del ambiente en que se mueven los contenidos que él trasvasa cuidadosamente.

Los intelectuales salvadoreños —y los no intelectuales— que conocen el valor de las producciones del doctor Rivas Bonilla, están esperando su obra, la que vendrá a reforzar el prestigio de su autor. Prestigio bien merecido, por su talentos en poesía y en prosa.

Ya en ocasión anterior nos hemos referido al doctor Rivas Bonilla y, aprovechando la presente, no hacemos más que estar de acuerdo con nuestra labor de difusión, al publicar este cuento, muestra de lo que serán los treinta o cuarenta que forman el volumen, que, como decimos, se está editando y que debe circular en el mes próximo a más tardar.

Por lo demás, el doctor Rivas Bonilla confirmará con su obra cualquiera apreciación adelantada de lo que él es como hombre de letras, en prosa y en verso.

■ ■

ERA un mocetón robusto y sanote que transpiraba satisfacción por todos los poros.

Ostentaba orgullosamente el uniforme de la Policía del Tránsito.

En la placa de metal que lucía sobre el pecho se leía el número 888.

Un mes escaso hacía que había llegado de su pueblo, riente caserío que como un nido de águilas estaba allá casi en la cumbre de la montaña, perdido entre un bosque de pinos que cantaban como arpas eólicas. La ingénita aspiración del *más allá* lo había arrancado de su hogar apacible, donde rezaban por él una mujer y tres angelotes de pocos años, para transportarlo al medio desconocido y embrujador de la capital.

Iba a la conquista de la fortuna.

El primer escalón había conseguido subirlo al lograr una plaza de

Agente de la Policía, que desempeñaba apenas hacía una semana, después de muchísimo tiempo de miserias y búsqueda infructuosa.

Estaba satisfecho y tenía esperanzas.

Y de vez en cuando, entre señal y señal, no dejaba de echar una mirada rápida a sus zapatos brillantes, a sus guantes blancos, a su hermosa placa de metal bruñido...

* *

Cuando el tránsito de personas y vehículos era más activo, llegó por ahí cerca un hombre de catadura sinistra.

Era un verdadero apache; de gorra sobre la oreja, de hombros encaramados, de manos en los bolsillos de los pantalones, peludo, sucio, repugnante.

Lanzó una mirada torva sobre el

flamante policial y, lentamente, se le fué aproximando.

Viéndolo a un paso de distancia, el agente inquirió solícito con la mirada, pronto a dar el informe que creía se le iba a pedir.

Y súbitamente, el apache sacó del bolsillo su mano derecha armada de una navaja. Y rápido como el rayo, hizo desaparecer toda la hoja, de un palmo de largo, por debajo de las costillas derechas, en el abdomen del infeliz agente, que se desplomó bañado en sangre.

La gente se arremolinó en el lugar de la tragedia. Se oyeron gritos de mujer, carreras imprecaciones.

El malhechor no intentó resistir a

los que lo capturaron. Se limitó a arrojar con desprecio la navaja ensangrentada al rostro del moribundo, quien, en el estupor de la agonía, le estaba preguntando con la mirada de sus ojos vidriosos por qué lo había matado.

La razón, la supo el Juez más tarde.

El apache creía haberse hecho justicia por su propia mano.

Es el caso que, dos años antes, el agente número 888, le había birlado a su mujer.

Pero el maldito seductor no se le había escapado.

¡El número 888 es tan fácil de retener!

HOMBRES DE AMERICA

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(1811-88)

LA vida entera de Sarmiento es la vida de un luchador; su obra, la enseñanza; su labor, el estudio; periodista, militar, político, publicista, su actividad intelectual es prodigiosa; sus iniciativas, fecundas todas, centuplican su vida, pero son portadoras del progreso, de la ilustración.

Sólo teme a la ignorancia y procura ahuyentarla creando escuelas y más escuelas, enseñando, difundiendo el saber en todas formas y para todos.

El viejo luchador es infatigable; diríase que el trabajo es su reposo, y el concepto de las cosas toma en su mente magnitudes que no son fantásticas, porque su formidable talento ve en el porvenir centurias más allá.

Con esa concepción del futuro discute y defiende en el Congreso los proyectos que presenta de grandes empresas, leyes protectoras, obras y servicios públicos, instrucción primaria y secundaria, y su optimismo, argumentado con sólidas razones, obtiene para aquellos proyectos sanciones que se traducen en proyectos fecundos.

La gran labor que realizó durante su presidencia y su patriotismo le han señalado como eminente argentino con justos títulos para labrar en el mármol su consagración histórica. — J. R. Millán.

Orígenes de San Salvador Cuzcatlán

Introducción

Por Jorge Lardé

Nació don Jorge Lardé el 21 de septiembre de 1891, en San Salvador, y falleció el 24 de julio de 1928.

Bachiller en Ciencias y Letras, dedicóse de lleno al Magisterio; y sus enseñanzas fueron fuentes de luz y de saber. Distinguióse en las asignaturas de Filosofía, Física, Química e Historia.

La Escuela de la ciudad de San Martín lleva su nombre, en merecido homenaje a su apostolado de maestro.

Fué miembro distinguido de la ACADEMIA SALVADOREÑA DE LA HISTORIA, la cual perdió con su muerte a uno de los académicos más esclarecidos.

De sus trabajos históricos merecen citarse, por su trascendencia e importancia, *Orígenes de San Salvador Cuzcatlán*.

Dice uno de sus biógrafos (que supo leer al través de los tiempos los ignorados misterios de nuestra historia, comprender lo que nadie comprendió, para dar a nuestras mentes todos aquellos misterios y saciar nuestra sed de saber).

«Arrancó de las duras piedras y de las inscripciones antiguas la interpretación del lenguaje Maya-Quiché, como si a sus oídos hubiese llegado el eco legendario de aquellos varones que supieron hacer Patria».

Era un geólogo consumado e hizo estudios profundos de Sismología. El sabio doctor Santiago I. Barberena le tenía en alta estimación intelectual.

Sus trabajos científicos hacen alto honor a su Patria, que le perdió en plena florecencia intelectual. — M. C. R.

I

RESPECTO a la fundación de San Salvador Cuzcatlán, y especialmente en lo concerniente a la fecha en que ocurrió tal suceso, el pensamiento histórico ha tenido sus fluctuaciones, según el mayor o menor grado de conocimiento que cada cual ha tenido, en cada momento dado, de la documentación histórica pertinente, directa o indirecta, y de criterio más o menos sensato que se ha usado en el análisis de esa documentación.

Cuando los historiógrafos, en la cuestión que nos ocupa no conocieron más que a Juarros («Compendio de la Historia de Guatemala») y, por lo tanto, le siguieron más o menos fielmente, se enseñó sin discusión que la villa de San Salvador fué fundada en la Bermuda el 1° de

abril de 1528 y trasladada a su actual asiento once años después, en 1539.

Mas cuando se encontró y publicó el «libro de Actas del ayuntamiento de Guatemala (años de 1524 a 1530)», documento original de la época y de incontrovertible valor, se vió que en el acta del cabildo celebrado el 6 de mayo de md. XXV (1525), al tratarse del nombramiento de un nuevo regidor en vez de Diego de Holguín, se dice que éste ha dejado de serlo por haberse «ido a vivir a la villa de San Salvador, de la cual es alcalde», de lo que se concluyó, con toda lógica y justísima razón, que la villa de San Salvador ya existía en mayo de 1525, y que por lo tanto, su fundación tuvo lugar antes de esa fecha.

Documentos conocidos entre nosotros posteriormente, han venido a establecer sobre nuevas bases esa misma conclusión, que San Salvador ya existía en 1525, de modo que se había cometido un error al indicar el año de 1528 como fecha de dicha fundación; pero estos documentos ya no eran necesarios, pues sobre el particular, el contenido de dicha acta es suficiente, claro y terminante; sobre su fecha no cabe ninguna duda, pues el año está escrito claramente en números romanos (así, «Md. XXV»), y se encuentra a continuación de una acta y seguida de otra que llevan ambas indicando el mismo año de 1525 y de la misma manera («md. XXV»).

II

Mas entonces, ¿por qué Juarros afirma con tanta certeza que San Salvador fué fundada el 1° de abril de 1528, y hasta da detalles de su fundación?

Indudablemente —se dijo, y con mucha razón—, Juarros no se ha inventado esas cosas y su relato es verdadero; lo único que ha habido es un error de año, leyéndose o escribiéndose 1528 por 1525; de modo, pues, que la fecha de la fundación de San Salvador, en vez de ser «1° de abril de 1528», es «1° de abril de 1525».

Así quedaba resuelto satisfactoriamente el conflicto entre el testimonio de Juarros y el de mayor peso contenido en el citado «lib. de Act. del Ay. de Guat.»

Sin embargo hubo quienes opinaron que el error de Juarros no estaba en haber tomado el año de 1528 por el de 1525, no es un error de cifras, dijeron, es de hechos: el error

debe estar en que Juarros tomó como fecha de «la fundación», la fecha de la «traslación». En consecuencia se dijo que San Salvador fué fundada en la Bermuda antes de mayo de 1525 y trasladada a su actual asiento el 1° de abril de 1538.

Pero esta interpretación está en contradicción con lo dicho por el propio Juarros, pues éste afirma, y ciertamente no por gusto ni capricho, ni por interés alguno, que la traslación tuvo lugar once años después de la fundación; de modo que si la traslación hubiera tenido lugar, como se supone, en 1528, la fundación habría tenido lugar once años antes, esto es, el año de 1517, siete años antes de que vinieran por primera vez los españoles, y aún antes de que Alvarado pisara el continente americano!

Los españoles, ciertamente, vinieron por primera vez a la provincia de Cuzcatán en 1524 y es absurdo, por lo tanto, suponer que dicha fundación haya tenido lugar en 1517, y por lo tanto, ateniéndose a lo dicho por Juarros, la fecha de 1528 no corresponde a la fecha de la traslación de San Salvador de la Bermuda a su actual asiento.

En este estado de la discusión se ve claramente que no puede admitirse que Juarros haya cometido error tomando la fecha de la traslación por fecha de la fundación; el error, pues, está en las cifras, «en tomar 1528 por 1525», o en otra parte...

Más adelante veremos que consta que San Salvador estaba «en la Bermuda» en 1530, y que es absurdo, por lo tanto, suponer que en 1528 haya sido trasladada a su actual asiento.

Por de pronto nos encontramos

con un hecho cierto: que San Salvador fué fundada antes de mayo de 1525, y con una conclusión plausible: que fué fundada el 1° de abril de 1525.

- b) — que fué fundada después, a fines de 1524 o primeros días de 1525; y
- c) — que lo fué alrededor del 1° de abril de 1525.

III

Rechazada la competencia de Juarros en lo relativo a la primera fundación, a la fundación verdadera de San Salvador, los investigadores limitaron claramente el campo de sus estudios de la manera siguiente:

Por las cartas de Pedro de Alvarado y otros documentos se sabe que los conquistadores españoles llegaron por primera vez a la provincia de Cuzcatlán a principios de junio de 1524: luego, la villa de San Salvador fué fundada «después de esa fecha».

Por el «Lib. de Ac. del Ay. de Guat.» se sabe que a principios de mayo de 1525 ya existía la villa de San Salvador: luego, la villa de San Salvador fué fundada «antes de esa fecha».

En consecuencia: la villa de San Salvador fué fundada en una fecha comprendida «entre los primeros días de junio de 1524 y los primeros días de mayo de 1525».

En esto todos los que han estudiado la cuestión, siquiera un poco, han estado completamente de acuerdo, y la discusión se entabló cuando «dentro de esos límites» se quiso fijar dicha fecha, surgiendo tres opiniones:

- a) — que San Salvador fué fundada cuando los españoles vinieron por primera vez al territorio cuzcatleco, esto es en junio de 1524;

La falsedad de la primera de esas tres opiniones se ha demostrado sobre todo, por la carta de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, en que recién regresado de dicha campaña, le relata minuciosamente los hechos de ella. La carta lleva fecha 28 de julio de 1524; fué escrita en Santiago de Guatemala y se conoce con el nombre de «Carta 11 de Alvarado a Cortés».

La falsedad de la segunda se ha probado por numerosos documentos, relativos en su mayor parte a la campaña de los españoles en contra de los cakchiqueles y otros pueblos sublevados en agosto de 1524, y que obligaron a los españoles a huir de Guatemala camino de México, hacia Xepau, en donde se mantuvieron «en la defensiva» hasta el 26 de febrero de 1526, fecha en que se trocaron los papeles.

Y la verdad de la tercera se ha establecido sobre la exclusión de las anteriores, y varios documentos entre los que figura el «libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala».

La discusión y prueba de la anterior constituye el objeto de los primeros capítulos de esta obra.

La villa de San Salvador ha cambiado de asiento varias veces, y después de cada calamidad pública, especialmente con los terremotos, sus habitantes han ido a establecerse a otra parte, con intención de no volver jamás; mas pasado el peligro o la alarma, han vuelto al primitivo establecimiento. La historia de las primeras de esas mutaciones está natu-

ralmente enlazada con la de los orígenes de San Salvador, y por tal motivo serán tratados en los otros capítulos de esta obra, lo mismo que otras cuestiones íntimamente relacionadas con dichos orígenes.

Capítulo I

CAMPAÑA DE 1524

No fué entonces fundada San Salvador

I

La campaña de junio y julio de 1524 al territorio actualmente llamado salvadoreño, es sin duda una de las más importantes del período de la conquista castellana: en esa expedición militar fué cuando el europeo puso por primera vez su planta en la tierra cuzcatleca; fué la primera vez en que hizo sentir aquí el poderío de su civilización superior y la primera vez que sus ojos contemplaron el fértil y hermoso llano de Quetzalcoatitán, en donde, desde hacía cinco siglos, florecía la grande, laboriosa y pacífica ciudad de Cuzcatlán y en donde poco tiempo después los codiciosos europeos iban a plantar el primer núcleo de su civilización con el nombre de San Salvador, San Salvador Cuzcatlán.

Era el jefe de los conquistadores don Pedro de Alvarado, uno de los más grandes capitanes de su siglo. Habíale enviado Hernán Cortés a estas comarcas, para las cuales salió de México a fines de 1523, llegando a Guatemala el 12 de abril de 1524, en donde organizó dicha campaña a tierras cuzcatlecas.

La importancia de esta campaña a Cuzcatlán es un hecho fuera de toda duda; mas algunos escritores le han

atribuido una mayor a la que realmente tiene, pues se ha llegado hasta afirmar y repetir con energía que en esa campaña Alvarado fundó la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate con el pueblo, hoy barrio, de Mexicanos, y la Villa de San Salvador Cuzcatlán con los pueblos alejados de Ayutuxtepeque, Mexicanos, Cuzcatancingo, Aculhuaca y algotro más talvez, cuando en realidad dicha campaña «no tuvo nada de colonizadora»: no fué más que «un intento de conquista», y sobre todo «un viaje de explotación».

Necesitamos, pues, al investigar los orígenes de San Salvador, tratar de esa campaña que inició ciertamente la serie de acontecimientos que determinaron la fundación de esa villa y con la que empezó la fusión de las dos razas, la europea y la americana, que dieron origen en su casi totalidad a la actual población salvadoreña.

II

Pedro de Alvarado salió de México en noviembre o diciembre de 1523, enviado, como se ha dicho, por Hernán Cortés a estas provincias.

Existe alguna duda acerca de la fecha de la partida de Alvarado: Hernán Cortés, en su carta al Emperador fechada el 15 de octubre de 1524 (llamada abreviadamente «Carta IV de Cortés»), dice que Alvarado salió de México a Guatemala el 6 de diciembre de 1523, y esta fecha fué casi universalmente aceptada desde 1525, fecha en que fueron impresas esa carta y otras de Cortés al Emperador, salvo por Bernal Díaz del Castillo («Historia de Nueva España») que dice haber sido la partidas un día 13 y no 6. Juarros

(Hista. de Guat.), afirma categóricamente que Alvarado salió de México el día 13 de noviembre de 1523, y ante este conflicto de fechas me inclinaría a creer la indicada por Cortés, si el análisis de los hechos no demostrara que indudablemente cometió un error al escribir «diciembre» en vez de «noviembre».

En efecto: Alvarado llegó a Tehuantepec el día 12 de enero de 1524 («Carta IV de Cortés»), y de México a Tehuantepec hay 390 leguas, que representan dos meses de camino sin descanso, pues en aquel tiempo la jornada del ejército conquistador era por término medio y casi siempre de seis leguas y media (6½ leg) de modo que «dos meses antes del 12 de enero» da la fecha de partida alrededor del 12 de noviembre, lo que concuerda admirablemente con la fecha indicada por Juarros para tal suceso («13 de noviembre»). Si se acepta la fecha de partida dada por Cortés (6 de diciembre de 1523) resultaría que llegó a Tehuantepec (12 de enero de 1524) en 37 días, lo que daría un corrido diario de 10 a 11 leguas sin extras de descanso, lo que es imposible para un ejército, y especialmente en aquel tiempo.

Cortés, indudablemente, en dicha carta ha cometido un error o cuando dice que Alvarado salió de México «el 6 de diciembre de 1523»; o cuando dice que llegó a Tehuantepec «el 12 de enero de 1524», y como esta fecha es verdadera, resulta que el error está en la correspondiente a la de la partida de México, y que la fecha que debe adoptarse es precisamente la que indica Juarros (13 de noviembre de 1523).

Por el relato que de Uatatlán hizo Pedro de Alvarado a Hernán Cortés

de su expedición, carta fecha 11 de abril de 1524, conocida con el nombre de «Carta I de Alvarado a Cortés» (impropiamente, pues ya antes había escrito otras, una de Tehuantepec y otra de Soconusco una semana justa antes del combate en que pereció Tecum-Uman, el cual tuvo lugar el día 1. Galel (Memorial Cakchiquel o de Xahilá); esto es, el día sábado 20 de febrero de 1524. La salida de Soconusco tuvo, pues, lugar el sábado 13 de febrero, y como de Tehuantepec al Soconusco hay 240 leguas, o sea un mes de camino, resulta que el paso por Tehuantepec tuvo lugar próximamente «un mes antes del 13 de febrero», esto es, «alrededor del 13 de enero», lo que casi nos da la fecha 12 de enero, dada por el propio Cortés en la referida carta.

Estando, pues, bien determinado que Alvarado pasó por Tehuantepec «el 12 de enero de 1524», y habiendo de allí a México dos meses de camino, la fecha en que salió Alvarado de esta ciudad está indudablemente «dos meses antes del 12 de enero», esto es, «alrededor del 12 de noviembre de 1523», lo que casi nos da la fecha «13 de noviembre de 1523» dada por Juarros y que debe reputarse como la verdadera.

III

Alvarado salió de México el 13 de noviembre de 1523 con un ejército formado de 420 españoles (120 jinetes y 300 peones) y 300 indios (200 entre tlascaltecas y acolhuas y 100 mexicanos), con 160 caballos, 4 piezas de artillería, mucha pólvora y municiones (Carta IV de Cortés, y Bernal Díaz del Castillo, «Hist. de Nueva España», Cap. CLXIV).

Llegó a Tehuantepec el 12 de enero del siguiente año, de donde escribió a Alvarado participándole haber llegado bien («Carta IV de Cortés») y el 29 de ese mes ganó a los indios la sangrienta batalla de Tonalá; llegando el 12 de febrero a Soconusco, de donde volvió a escribir Alvarado a Cortés, refiriéndole lo acontecido y los propósitos que llevaba (Carta I de Alvarado a Cortés).

El día sábado 13 de febrero de 1524 salió de Soconusco, y el 17 de este mes, después de las escaramuzas del 13, se dió la primera batalla en territorio hoy guatemalteco, la que tuvo lugar desde el río Zamalá hasta Zapotitlán (o Shetulul) y un poco más adelante («Carta I de Alvarado a Cortés»).

Ese día y el siguiente pasaron los españoles en Zapotitlán, el 19 durmieron en el medio de la gran cuesta que hay de allí a Quezaltenango, y el sábado 20 de febrero, día 1 Galeb, desde la cuesta y en el llano que le sigue se libraron varios combates sangrientos en que fueron deshechos completamente los ejércitos quichés y muerto su jefe principal, Tecum-Uman. El Quiché, la más poderosa nación india de Centro América, estaba vencida, mas no sometida aún. («Carta I» citada y «Memorial Cakchikel»).

Los españoles entraron a Quezaltenango el día siguiente y el 25 los quichés hicieron un nuevo esfuerzo en contra del ejército invasor, librándose en los llanos vecinos a esa ciudad otro combate sangriento y desastroso para los indios (Carta citada).

Alvarado se dirigió a Utatlán, en donde quemó vivos a los infortunados reyes del Quiché, el día, IV Cta. Lunes 7 de marzo de 1524, luego les

mandó quemar la ciudad, y llamó en su auxilio un ejército guatemalteco de 4,000 indios para perseguir por los montes y barrancas a los infortunados quichés, que eran matados o reducidos a la esclavitud y herrados.

Gracias a esas medidas supremas, y sobre todo al auxilio de los guatemaltecos, Alvarado pudo conseguir de los quezaltecos y quichés lo que de otro modo talvez no hubiera conseguido: la humillación y el sometimiento, y conseguido ésto, Alvarado perdonó a los quichés por «el crimen» que habían cometido defendiendo a su patria. Y puso en el trono del Quiché a dos príncipes indios, que en el fondo, más que señores iban a ser sus instrumentos de dominación.

El día 11 de abril de ese mismo año, Alvarado escribió de Utatlán carta a Cortés relatándole detalladamente esa expedición. De esa relación, conocida, como se ha dicho, con el nombre de «Carta I de Alvarado a Cortés», es de donde principalmente he extractado los anteriores datos. Esa carta y el Memorial cakchiquel del príncipe Xabilá constituyen la base firme de la cronología de dicha campaña.

IV

El mismo día 11 de abril salió Alvarado de Utatlán y el siguiente llegó a la capital de sus amigos y aliados, Tecpan-Guatemala o Ixinché, según consta de las dos cartas de Alvarado (la ya citada y la del 18 de julio de 1524) y del Memorial Cakchiquel.

Analizando con cuidado el final de I carta y el principio de la II, se ve que en ésta, escrita tres meses

y medio después de los sucesos, existe una confusión respecto a los mensajeros enviados a Atitlán. En la I afirma Alvarado que los de Atitlán habían matado cuatro mensajeros que de Utatlán los había enviado, y que piensa detenerse un poco en Guatemala para irlos a someter, y en la II dice les envió de Guatemala dos mensajeros que los mataron sin temor alguno, lo cual (el envío de los mensajeros) no es creíble, dado que ya le habían matado cuatro guatemaltecos que les envió desde Utatlán y habría sido una niñería volver a mandarle otros que ciertamente correrían la misma suerte. Indudablemente, muertos los primeros mensajeros, Alvarado no mandó otros y si así lo dice en su II carta, es por olvido de lo dicho en la I y la preocupación primordial de Alvarado de justificar su conducta y acumular culpabilidades a los indios.

Llamo la atención sobre este punto, pues la cronología sacada sencillamente de la carta II, llevaría a una cronología falsa, contraria a los demás documentos históricos.

El día 11 de Abril, como se dijo, salió Alvarado de Utatlán, el día 12 llegó a Tecpan-Guatemala, «cinco días después de haber llegado aquí» (V. Milla, «Hist. de la Am. Central», pag. 83), el día 17, salió por Atitlán, y «al octavo de su salida de Utatlán», el 11 de abril sometió a los pueblos perilacustres (V. «Cartas I y II»).

El Memorial Cakchiquel, que fija perfectamente esta fecha dice:

El Tunatiuh (Alvarado) consintió juntarse a los jefes en sus guerras, y los jefes le dijeron: «Oh, Tú, dios, nosotros tenemos dos guerras: una con los Tzutuhiles (de Atitlán) y

otra con Panatacat (Escuintla)». Así hablaron los jefes. Sólo 5 días después, Tunatiuh salió de la capital (de Guatemala). Entonces los Tzutuhiles fueron conquistados por los castellanos. Fué el día VII Camey que los Tzutuhiles fueron destruidos por los castellanos».

Ahora bien, el día VII Camey en dicho año (1524) correspondió al sábado 18 de abril.

Alvarado regresó a Guatemala, en donde pocos días después recibió homenaje de los embajadores de Atitlán, y preparó su expedición a Escuintla y Cuzcatlán, demorándose algunos días, que dedicaron al amor.

Los combates que había tenido desde Tonalá hasta Atitlán, le habían destruido gran parte del ejército que trajo de México: de los 420 españoles, sólo le quedaban 255 («Carta II de Alvarado a Cortés»), y si tenemos en cuenta que los indios morían siempre en mayor número, de los 300 que trajo de México se habían reducido a mucho menos de 180.

Pero los guatemaltecos, que habían ayudado decididamente a Alvarado para subyugar a los quichés, a los quezaltecos, y a los tzutuhiles, también estaban dispuestos a ayudar al conquistador en contra de los escuintlanes y cuzcatlecos, y dieron a Alvarado un ejército de 5 a 6,000 indios («Carta II de Alvarado a Cortés»).

Descansados los españoles y los caballos y reorganizado su ejército, Alvarado salió de Guatemala ya iniciada la estación lluviosa, el día 13 de mayo de 1524, «veinticinco días» después del VII Camey (Mem. Cakchiquel).

Es interesante anotar que en dicha Carta II a Cortés, Alvarado

dice que salió de Guatemala a Cuzcatlán «con toda su gente de a pie y de a caballo», expresión que confirma más la tesis de que Alvarado en su tránsito por Zapotitlán, Quezaltenango, Utatlán Atitlán y Guatemala no dejó ninguna colonia, ningún destacamento ni presidio de esclavos, como algunos han creído erróneamente.

En Cuzcatlán los españoles fueron derrotados y para que se comprenda mejor la magnitud de este hecho, antes de narrar la campaña a esta provincia, conviene conocer el propósito que tenía Alvarado (y que no pudo realizar) de pasar en ella el invierno.

En la I carta a Cortés —que escribe de Utatlán, antes de su partida a Cuzcatlán—, dice Alvarado:

«Según estoy informado tengo mucho que hacer adelante y a esta causa me daré prisa, por invernar cincuenta o cien leguas adelante de Guatemala».

Y en la Carta II dice que partió a Cuzcatlán «con toda su gente», que su propósito era «calar cien leguas en esta tierra y conocer los secretos de ella», y después del invierno regresar sometiendo a los pueblos que dejaba atrás.

Alvarado, como se ha dicho, salió de Tecpán-Guatemala, el día 13 de mayo de 1524, con su pequeño ejército, reforzado con cinco o seis mil guatemaltecos que venían a ayudarlo en esa guerra injusta en contra los pipiles de Escuintla, los Izalcos y Cuzcatlán.

Después de dormir tres noches a campo raso, llegaron bajo la lluvia a Escuintla el día 16; penetraron a ella por sorpresa, degollaron a sus habitantes y dieron fuego a la ciudad...

Con ese horroroso crimen se inició la guerra contra los pipiles de Escuintla y Cuzcatlán.

Después de ocho días, el 24 de mayo, salió Alvarado de Escuintla y llegó a Atiepac, en donde fué bien recibido, pero cuyos habitantes huyeron a los montes ante los abusos y crueldades de los conquistadores. Ese pueblo es designado con varios nombres (Atiepac, Aquitepaz, Astepas, Aquitepa, Atiquiapaque, Nextiquiapaque, etc.) y parece ser el lugar llamado Nixtepeque.

El día siguiente llegó a Tacuilula, en donde sucedió lo mismo; de donde partió a Taxisco el 26 de mayo.

El propio Alvarado relata así estos sucesos:

«Y deseando calar la tierra y saber los secretos de ella para que su magestad fuese más servido y tuviese y señorease más tierras, determiné de partir de allí, y fui a un pueblo que se dice Atiepac, a donde fui recibido de los señores y naturales de él, y esta es otra lengua y gente por sí (hablaban el xinca); y a la puesta del sol, sin propósito ninguno remanesció despoblado y alzado, y no se halló hombre en todo él. Y porque el riñón del invierno no me tomase, y me impidiese mi camino, dejélos así, y paseme de largo, llevando todo recado en mi gente y fardaje, porque mi propósito era de calar cien leguas adelante, y de camino ponerme a lo que viniese hasta calar a ellas, y después dar la vuelta sobre ellos, y venir pacificándolos».

«E otro día siguiente (25 de mayo) me partí, y fui a otro pueblo que se dice Tacuilula, y aquí hicieron lo mismo que los de Atiepac, que me recibieron de paz y se alzaron dende una hora. Y de aquí me partí (el día

26) y fui a otro pueblo que se dice Taxico, que es muy recio y de mucha gente, y fui recibido como los otros de atrás, y dormí en aquella noche y otro día (el 27) me partí para otro pueblo que se dice Nancendelan, muy grande».

Es interesante notar la insistencia de Alvarado haciendo resaltar que el principal objeto de su expedición a Cuzcatlán era el de calar la tierra cien leguas y conocer los secretos de ella, al fin de las cuales «cien leguas adelante de Guatemala» estaba Cuzcatlán, en donde pensaba pasar el invierno (Carta II), y después regresar pacificando los pueblos que dejaba atrás.

IV

En Nancinta (Nancendelan) empieza el desastre del ejército español, pues en un ataque que les hicieron los indios perdieron gran parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas y el herraje que llevaban para la guerra. El propio Alvarado, en la referida carta, relata así los sucesos:

«Y otro día (27 de mayo) me partí para otro pueblo que se dice Nancendelan, muy grande, y temiéndome de aquella gente, que no la entendía (hablaba xinca), dejé diez de caballo en la rezaga (retaguardia) y otros diez en el medio del fardaje, y seguí mi camino (a Nancinta); y podría ir dos o tres leguas de Taxisco, cuando supe que había salido gente de guerra, y que habían dado en la rezaga, en que me mataron muchos indios de los amigos y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas y el herraje que para la guerra llevaba, que no se les pudo resistir».

«E luego envié a Jorge de Alvara-

do, mi hermano, con cuarenta o cincuenta de caballo, a buscar aquello que nos habían tomado, y halló mucha gente armada en el campo y él peleó con ellos y los desbarató, y ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar, porque la ropa ya la habían hecho pedazos, y cada uno trata en la guerra su pampanilla de ella, y llegado a este pueblo de Nancendelan Jorge de Alvarado se volvió porque los indios se habían alzado a la sierra».

Nancinta queda como a tres leguas de Taxisco, de modo que el precedente relato indica que la acción tuvo lugar después de haber pasado Nancinta, pues Jorge de Alvarado al llegar allí en su persecución a los indios, se volvió a donde le esperaba su hermano porque los indios se habían alzado a la sierra. Fácil es comprender el enojo de don Pedro de Alvarado, su deseo de castigar (a pesar de su propósito) la burla que le hicieran los indios, y su regreso a Nancinta.

«Y desde aquí (de Nancinta) torné a enviar a don Pedro (Pedro Portocarrero) con gente de a pie, que los fuese a buscar a la sierra, por ver si los podía atraer al servicio de su magestad, y nunca pudo hacer nada por la grande espesura de los montes, y así se volvió; y yo les envié mensajes indios de los mismos naturales con requerimientos y mandamientos, y aperciéndolos que si no venían los haría esclavos; y con todo esto no quisieron venir, ni los mensajeros ni ellos».

Más de una semana pasó Alvarado en Nancinta, sin poder recuperar nada de lo perdido, soportando la burla de los indios e impotente para reducirlos al servicio real.

(Continuará).

La Lengua Castellana en América

Discurso de estilo de Moisés Vincenzi, al ser incorporado en la Academia Nacional de la Lengua en San José, Costa Rica

UN idioma es una cultura; y una cultura la visión poliforme de la naturaleza y del hombre, por el hombre mismo. La lengua es, por tanto, el resumen de lo particular y lo general, visto por el alma humana en sus más agudos términos. Lo particular y lo general de forma y fondo dentro de la ciencia, el arte y la filosofía. Cada pueblo la construye de acuerdo con el nacimiento de estas disciplinas, en lo que tienen de conducta, en todas las esferas sociales. Es, por esto, la lengua, un derivado de la vida íntima de cada uno y de todos los componentes de un pueblo. Es la vida reflejada en formas expresas; una imagen del flujo vital; y, además, ella misma, un organismo vital. Si no hubiera existido más que un pueblo movido dentro de un espacio homogéneo, no existiría más que un idioma, es decir una forma de la vitalidad humana.

Una misma lengua extendida a escenarios diferentes —la de Castilla en América, por ejemplo— equivale a una cultura desbordada de un pueblo a otros. Estos no podrán modificarla esencialmente, en tanto no puedan mejorar su ciencia, su arte, su filosofía, su conducta. ¿Han sido, nuestros países, capaces de superar a España? Ciertamente que la lengua castellana ha adquirido coloraciones nuevas en América. El simple traslado de un sitio cambia las coordenadas de un cuerpo y lo altera de algún modo. Pero hemos de conservar nuestra lengua, dentro de la re-

lativa pureza en que nos sea posible, porque representa la heredad de un pueblo bravío, sabio y hondo en manifestaciones espirituales.

El castellano de América tiene de España el amor a la libertad. Por eso las pequeñas naciones que hablan ese idioma, la conservan con bravura, no por su fuerza militar: por la raíz española de su espíritu; por su individualismo heroico; por su energía cristiana. La herencia étnica del Cid satura el alma de nuestros países y los hace inexpugnables para la esclavitud. La mezcla del indio y del español ha dado un tipo nuevo de hombre en que se organiza la cultura de Europa, la Europa Ibérica, sobre el sentido emocional de México y del Perú precolombinos. Hablamos la lengua castellana con propiedad, porque somos castellanos; y la matizamos de una nueva ternura, porque el indio que hay en nosotros la ha alumbrado con los misterios del azteca, del maya, del inca...

La cultura —máxima conquista del hombre— reflejada en el idioma, cuando ha cumplido un ciclo en su destino, no se vulnera con las armas: se impone al bárbaro que ocupa su tierra, lo asimila, lo absorbe, lo devora finalmente. Grecia domada por Roma lo confirma saturando al Imperio de su filosofía, de su arte, de su ciencia, de sus ideales supremos. De haber tenido los moros una lengua más sólida que la castellana, la hablaríamos, en estos instantes, en

América: nada pudieron las armas del Africa contra el alma ibérica. Es que la cultura imbibida en las palabras es más fuerte que el hierro.

Todo esto nos invita a plantear los problemas idiomáticos desde un punto de vista superior y no sólo desde el otro, el de la forma, en que parecen haber hecho círculo vicioso a través de las épocas, quienes ignoran que la palabra es algo más que el simple fonema que la corporiza.

El estudio organizado de un idioma debe partir de la vida misma de su pueblo, de su carácter, de su religión o sus religiones, de su arte, de su filosofía o sus filosofías, de su conducta integral.

El aspecto primario del lenguaje reside en los problemas del arte, que es sensación, que es intuición, pasión, sentimiento y emotividad. Los problemas del arte idiomático son formulados por el amor al estilo, al orden, al equilibrio unas veces; por el apego a lo inefable en lo correspondiente al genio de los pueblos, en otras oportunidades; por el simple arreglo de las formas, en todos los casos. Por esto la gramática analizada con frialdad científica es incapaz, por sí sola, de apresar el espíritu de la palabra. El espíritu artístico de España está representado por la épica, la lírica y la mística. La sonoridad de nuestra lengua es épica; su suavidad y dulzura, líricas; su filosofía, con un extremo realista, particularista, en el genio picaresco del español; y el otro, celeste, aéreo, sublime, en lo relativo a su genio místico. La cultura encarnada en nuestra lengua es, por consiguiente, un complejo de extremos y de términos medios compensados: lo real y lo ideal abrasados en una sola llama. De aquí la victoria del Manco

de Lepanto; la fortuna de haberlo expresado, en lenguaje inmortal, por boca de Don Quijote y su picaresco escudero. De aquí la reciedumbre y sonoridad de nuestras voces; y la flexibilidad de nuestra sintaxis.

Existe un vórtice que arrebató los elementos artísticos del idioma: el que denominan, con una frase vaga pero sugerente, «el genio de la lengua». El genio de una lengua es el conjunto de un conglomerado de motivos, de índole racial, temporal y geográfica. A tal raza, a tal época, a tal comarca, conviene un genio propio del lenguaje. La abundancia —parte del genio castellano— es hija del origen múltiple de la gran Península; de su historia, retorcida y múltiple; de su tierra, rica en montañas, en valles, en costas, en climas... A este hombre ibérico, organizado en todos los colores de un rayo de luz, pertenece el sentido de la elocuencia; y como fondo que refrena la viveza del verbo, como antítesis, la sobriedad. La frase caudalosa de algunos de nuestros clásicos, primero; la recogida de otros de ellos, después. Cervantes, tan transparente como torrencial, por un lado; Gracián, tan comprimido como sustancioso, por el otro, en los tiempos antiguos. El puntilloso y explicativo Unamuno, frente al ingenio perfumado y relamido de Valle Inclán, en los actuales. Y en todas las épocas, el realismo de los Quevedos, la dulzura de los Manriques y el arrobo de las Teresas. Sin esta multiplicidad de orígenes, no podría existir la misma en propósitos; sin ella la lengua castellana no podría adaptarse a las exigencias de un decurso tan premioso y tan vasto. Por eso es grande nuestra lengua; por eso se adapta a todas las ideas, a todos los

sentimientos, a todos los géneros, a todas las veleidades o cambios de frente de la vida. Porque en ella se puede sentir y pensar cualquier problema de la existencia; porque es un ancho cauce por cuyo fondo pueden resbalar todos los flujos de la filosofía, del arte y de la historia.

La claridad es propia del genio de la lengua francesa, así como la exactitud lógica, del idioma latino. Pero es que el francés es más severo que el castellano, menos abundante en palabras. Y la claridad de sus estilos literarios no es hija, en toda su extensión, del ingenio de sus grandes escritores: se debe al ingenio de Francia en su mayor parte. La presión latina obligó a los literatos romanos a expresarse en formas condensadas. Caso semejante al de Francia. En cambio, nuestro idioma exige más personalidad del artista que lo habla o lo escribe; con él se puede ser niagarado como Castelar o retenido como Gracián; brillante y discursivo aunque claro como Rodó; y fino y afrancesado como Varona; retorcido como Martí y abrupto como Sarmiento; arcaico como Montalvo y moderno como Darío. No hay estilo que no pueda ser conquistado en lengua castellana; ni disciplina que no se sienta a sus anchas en ella.

Se dice que la sensibilidad poética es ajena a la literatura española. La América indoespañola es rica en todos los deliquios de lo sensible. Nuestros poetas han sustraído del indio la ternura. Tal es el gran aporte artístico de este hemisferio a la Península: su sensibilidad. Pero, en el fondo, ¿no hay un arte sensible en España? Los grandes místicos de la Península, ¿no tenían una sensibilidad mayúscula, aledaña al éxtasis

o inmersa en él? ¿O es que la sensibilidad a que se refieren los críticos, sólo se mide en líneas cortas? ¿No existe una poesía en prosa, un sonreír y un llorar en prosa viva, llena de ternura y de lágrimas? El pueblo español ha vivido el desarrollo entero de la cultura humana: no existe nada que no haya experimentado en su miseria y en su grandeza. Y así se explica que su lengua sea de las más densas del mundo, de las más flexibles y múltiples, sin contar con las zonas experimentales a que la ha sometido la historia en tierras de América.

Una lengua recluída en el breve espacio de unas cuantas mesetas y unas pocas montañas, no alcanza la categoría de una plena cultura. Y en el bosque de la castellana no se pone el sol. Nuestro hemisferio la magnifica con diez y nueve banderas. Es enorme el aporte de palabras americanas injertas en ella: lo mejor de la mina fonética del indio acrece su sangre; nuestra geografía la dilata en la nominación de nuevos objetos, de inéditos sentimientos, de ideas frescas, de imponderables ritmos. A esta levadura americana resplandeciente en Bolívar, académica en Bello, generosa y noble en Martí, exquisita en Darío, torrencial en Chocano, augusta en Lugones y en Valencia, pensadora en Varona y en Vasconcelos, erudita en Henríquez Ureña y batalladora en todos, se debe el último trazo de inmortalidad cultural del idioma castellano. Los conquistadores del siglo XVI, exaltados por la audaz pluma de Blanco Fombona, colonizaron, al par de tierras considerables, para España, un mundo anímico en que impera el Manco sublime. No hay dos lenguas más que puedan disputarle su pasa-

do legendario, su presente imperial y su futuro pleno de grandeza inequívoca. Lengua del arte, de la ciencia, del pensamiento; pero, además, del valor, del trabajo, de la fe en la inacabable victoria de la raza.

Cuidarla es el máximo de los deberes y el más honroso y satisfactorio de los honores. Y el Profesor Don Napoleón Quesada trabajó por ella, desde su concepción del Silaba-

rio en que aprendí a leer, hasta la de sus Lecciones de Gramática; desde el verso clásico, hasta la prosa moderna en que se expresó con soltura, con claridad y con amor. No veo modo de sustituirlo sin pena, entre este ilustre conjunto de hombres de letras, a cuya benevolencia debo el feliz ingreso, para mí, a la Academia de la Lengua Castellana en Costa Rica.



Ahuachapán

AHUACHAPAN, en la República de El Salvador, en el riñón del istmo centroamericano, es una ciudad de ensueño como pintada en un paisaje. En sus horizontes juegan todos los colores, como si el sol se complaciese en hacer idilios con un prisma. El sereno perfil de las sierras, en majestuoso hemicírculo, hacia su rumbo Sur hace emerger el capricho de sus gibas entre verdes intensos y desfallecidos. Son las cumbres de Ataco y Apaneca, como pegadas al zafiro intenso de esos cielos imposibles.

La ciudad es de calles rectas, sin esas encrucijadas caprichosas y antiestéticas de otras partes. Sus casas son de construcción antigua, de estatura baja y moderada ornamentación. No se ven todavía los pomposos edificios de pisos superpuestos, ni las rúas modernizadas por el asfalto, ni los tumultos de tráfico de las urbes. Ahuachapán es ciudad quieta, silenciosa, como adormecida.

Por las noches, desde primeras horas, gran serenidad, y gran reposo invade a la pequeña población y en los hogares, las familias, gozan de verdadero calor de nido. La gente de Ahuachapán en términos generales, es culta y buena. Es muy probable que, como especímenes raros, como bichos de fauna nociva, también se encuentren algunos hongos venenosos, pero ellos no hacen la regla. Se pueden contar con los dedos de la mano; de tal manera son escasos.

La zona en que está ubicada es dueña de clima que se disfruta con deleite. En los meses calurosos del verano bajan, de las cercanas serranías, brisas satisfactorias y el ardor de los mediodías se atempera. La estación lluviosa es de fiesta en sus tierras aledañas. El hombre fuerte de los campos, columna vigorosa de la economía nacional, empuña sus instrumentos de labranza y provoca sus engendros con la madre común. Más tarde el verde de las espigas triunfa en planicies y laderas y en seguida llega el premio en las óptimas cosechas.

Ahuachapán tiene paseos cercanos que son en realidad encantadores. Está su Llano del Espino, donde antes se escribieron muchas páginas históricas. Es planicie de gran extensión, sin árboles, alfombrada la grama. Toda alma exquisita, de fina sensibilidad, habrá de emocionarse ante su paisaje. Leves ondulaciones de la tierra le hacen dar la ilusión de mar inmóvil y el sol, en los largos crepúsculos, como que se desmayara en sus horizontes.

DOS POEMAS DE JOSE LLERENA**Canción de las Dos Vidas**

A principio de este año dejó de existir el doctor José Llerena, a una edad relativamente joven. Apenas si frisaría en los cincuenta años.

Damos estos poemas de él, extraídos de su libro MANANTIAL. Había en Llerena la inquietud y el amor por las cosas domésticas, cuando su cuerda emotiva estaba vibrando para el hogar. Lírico por temperamento, si en el teatro dió la tragedia y la subida escena social lo dominaba, en poesía fué tierno, melancólico, sensible al tono romántico, por lo que, con ese mismo romanticismo, cantó la epopeya e hizo estallar iras de insatisfacción. Exaltó el heroísmo e, igualmente, como los bardos de la Grecia cultivadora del músculo, elogió el sentido olímpico del deporte cantando en versos elocuentes las justas atléticas.

En estos poemas está la aspiración, el anhelo y lo sencillamente amoroso, así como el comentario a días que se fueron.

Llerena repudió el ultramodernismo y se mantuvo fiel a su enseña, dentro lo moderno y simbólico, manteniendo así su posición en franco desacorde con las tendencias de últimos años.

■ ■

¡Qué me importa tener cuarenta años cercanos,
si ahora tengo siete en mi hijo más pequeño!...
¡Es como si en mi edad se inquietara su empeño
de coger la pelota del sol entre mis manos!...

Y así, yo la tirara tan lejos, que al chocar
saltara en mil estrellas desmenuzada, rota
en pedazos de risa, como si la pelota
se pusiese en la noche, fragmentada a brillar...

Y otra vez la tirara... Y otra más...! más retazos
de sol en mis ilusos, infantiles retozos!
Porque tener siete años es jugar a los trozos
con la tapicería solar de los ocasos...

¡Jugar!... ¡Oh, el dulce juego que tuve que aprender:
iba a morirse mi hijo, pero entonces yo, fuerte-
mente el sol arrojé contra la propia muerte,
y en sus fragmentos pude mi risa recoger!...

Me fué dado tornar —por privilegio, acaso—
mi paso en la existencia, y esto es vivir de nuevo;
pero si él se quedara de siete años, me atrevo
a jurar que mi edad no daría otro paso,

pues la suya está en ella de tal modo sutil,
que no se sabe quién de los dos es menor:
si él cuando me besa con infantil amor,
o yo cuando lo beso con amor infantil...

Revivió de cinco años. Dos estuvo distante
y tan cerca a un tiempo, que estando aquí a mi lado,
a veces parecía que se había marchado,
triste lucero pálido en el confín, errante...

¡Yo no lo daba! ¡Nunca pensé en que lo daría,
porque jamás se piensa en morirse temprano!
¡Cuando se tiene el sol cogido entre la mano,
el niño sólo juega, y el viejo... jugaría!

¡Dios me lo devolvió cuando se lo pedí!
¡Mis siete años de ahora son mejor que vividos
en los cuarenta, casi, casi ya recorridos
entre lo que he gozado y lo que yo sufrí...

¡Qué me importa la nieve que en mis sienes empieza,
si ahora tengo siete años en mi pequeño,
que equivale a peinar castaña la cabeza,
y a jugar, al antojo, con el sol... en un sueño!

..

Modélate

Modela tu existencia. Se modela
hasta el dolor humano, si es preciso,
de igual manera que el metal macizo,
que en el avión es pájaro que vuela...

Modélate, hijo mío. Sé resuelto
al modelarte sin cesar, que un día
llegarás a la vasta lejanía
en tus propios crepúsculos envuelto...

Modélate sin treguas. Tu figura
moral brotará fuerte de tí mismo,
si te amasas con luz, que es agua pura...

Impregna el corazón en claridades,
como lo hacen en astros el abismo
y en lenguas de zigzag las tempestades!..

Nada Más . . .

Una finquita que tenga
un pedacito de río,
pero que allí nazca el agua
bajo follajes y trinos...

Un trozo de campo verde
que parezca una hoja inmensa,
para que sea el arroyo
rocío que encima tiembla...

Una finquita, una hoja
en la cual la casa fuera
mi telaraña, que hilan
con besos mis hijos y ella...

¡Oh, mi casita campestre,
rodeada de enredaderas
y de jardines! De lejos:
una mariposa quieta...

Fuera, en los contornos húmedos:
aromas, brisas y trinos;
y adentro, palacio y trono:
el Emperador Cariño...

¡Oh, delicia incomparable
de los árboles del trópico,
que extienden sus parasoles
verdes salpicados de orol...

¡Muchos árboles... más árboles,
de modo que estemos presos
en una jaula de frondas,
como pájaros de ensueño!...

Una finquita que tenga
un manantial de agua clara,
una casa entre jardines
y enredaderas curvadas;

mil lentejuelas solares
que el aire agite en la urdimbre
del follaje, cuya sombra
extiende su piel de tigre;

una inquietud incansable
de nidos en la arboleda,
un rumor de pies descalzos
al caer las hojas secas;

y en medio de tal dulzura,
en medio de dicha tanta,
dos corazones, los pájaros
prisioneros de la jaula,

picando con ilusiones,
con esperanzas y besos,
las espigas desgranadas
que ofrecen a sus polluelos...

Una finquita como ésta
en que estoy. Aquí viviera,
a la tierra dando alientos
y a la humanidad mi siembra...

Tal vez de este retacito
—en el que yo sembraría,
en el jardín mis rosales
y en el espacio mis rimas—

se diría que fué cuna
del último de mis ruegos:
que cuando yo muera, siembren
en vez de viñas mis huesos,

en vez de huertas mi sangre
y de bejucos mis canas...
¡Connmigo tendrán las rosas
hasta en las espinas alma!...

Una finquita que tenga
un pedacito de río,
pero que allí mismo brote
bajo follajes y trinos...

¡Así como ésta que ahora
en mi pecho se ha metido,
a sonarme después dentro
del caracol de un suspiro!...

Con un Terrón de Amor

¡Venga la vida... Quiero que la vida me cuente,
sin rodeos inútiles ni piedad dolorida,
qué sinsabores halla y qué placeres siente
dentro mi corazón y al fondo de mi mente...
...¡Y apenas ha venido la mitad de la vida!

Antes la tuve más... No era solamente esa
que va perdiendo impulsos en mis vanos empeños
de ofrecer a mi esposa risas cuando me besa,
y alegría a mis hijos, en vez de la tristeza
que como nebulosa va borrando mis sueños...

Estoy a media vida, y ya me he dado todo,
sin nunca haber podido dar cuanto dado hubiera
si se hubiese la vida amoldado a mi modo,
en lugar de que el río dejase en un recodo,
lejos del mar, mi espuma, deshecha en la ribera...

¡He luchado ya tanto!... ¡Bien, por lo que he reído!
y he sido tan feliz, que a veces me lamento
de haber podido serlo con quienes me han querido
sin que nunca su amor haya yo merecido
con esta media vida de alegre diez por ciento...

El amor que me dieron —mi caudal, mi tesoro—
lo malversé tal vez con mi gran impotencia;
dilaté los besos de mi esposa, eran oro
macizo de ventura, y es tan ruin mi decoro,
que con todos mis besos no cubro mi insolvencia...

Debo lo que me trajo y lo que dar no pude...
Para corresponder a ese amor ya gozado,
se necesitaría que la vida me ayude,
y la vida no es quien vivificante acude
a un corazón en plena juventud fatigado...

No perdona la vida al que se acerca a ella
interrogante y ávido, o esgrimiendo una duda;
ni a quien tiene el espíritu labrador de la estrella
que en cada rayo deja en luz su propia huella,
¡adentro, pero larga, profundamente aguda!...

ATENEO

Se envanece la carne terrenal, ostentosa
de poder bostezar su cansancio, rasgando
el iluso pulmón de un alma cavernosa;
sin pensar que es dolor todo cuanto ella goza
en el placer, que es lágrima que está evolucionando...

¡Ignorarlo! ¡Ignorarlo!... ¡Oh, poción anodina
que dejé de beber hace tiempo en mi infancia!...
¡Feliz quien ni siquiera vagamente adivina,
que al mosto de la sangre lo transforma la espina,
en el vino más lóbrego, que es el que no se escancia!...

Yo que supe lo cierto, confirmé mi fracaso...
Mas, me basta en la vida el poder comprenderla
para, al fin, perdonarla... Y por eso la paso
como el mar que, al herirlo, suele abrir su regazo
y reír un coral o llorar una perla...

¿Por qué, entonces, un día debo yo devolverte,
vida, lo que debiste darme y jamás me diste?
¡Percúteme en el pecho, y podrás convencerte
de que con sanas vísceras está hueco de muerte,
y auscúltame el cerebro, que hasta en él estoy triste!...

¡No tengo qué pagarte! ¡Si tú nada me has dado
sobre lo que yo traje de otra vida mejor!...
De mis innatos ímpetus muy pocos me has dejado;
pero ¡fíjate, insulsa, que aun cuando rebasa
mi impotencia, bien puedo, con un terrón de amor,
endulzar el café que pusiste en mi tazal!...

J O S E L L E R E N A

Anatomía del Océano Pacífico

Por el Dr. Julio Cantalá

EL que no ha navegado sobre el Pacífico, desconoce una «euforia» especial que da este mar a los argonautas. La primera vez que surgió sus aguas fué como tripulante de buques chilenos. Entonces descubrí en esta raza descendiente de los araucanos, su condición de «dragón marino», con pericia técnica de navegante inglés, resistencia náutica de aventurero español y equilibrio acuático de marinero chino. Después crucé varias veces las aguas azules del mar Pacífico, por el norte hasta Alaska y por el sur hasta la punta de la isla de Gavarino, más abajo del estrecho de Magallanes, el lugar geográfico en donde las aguas del Atlántico se mezclan con las de esta gran «poza» que baña las costas occidentales de América. Entonces empecé a comprender por qué el Pacífico ha sido incubadora de los continentes actuales que forman la corteza terrestre. La fatalidad histórica que se inició en edades «prearqueozoicas», sigue obrando sobre este «mar de Balboa», en donde se cristalizan en estos días los destinos de América... más bien los de todo el continente americano.

El mar Pacífico, es el único organismo del suelo terráqueo que tiene prestigio de haber producido con su germinación hijos lejanos que navegan por los espacios interplanetarios. Porque él, de sus tierras y aguas nació en días muy lejanos la luna. En el año 1875 Osmundo Fisher formuló la teoría sobre el origen de este satélite, como consecuencia de un enorme fragmento de

tierra que por las fuerzas centrífugas y centrípetas se escapó de un continente que flotaba sobre el Pacífico. Al desprenderse tan enorme pedazo quedaron en el inmenso océano dos profundos «basins» separados por una cordillera submarina que todavía une a Australia con las costas americanas. Estas montañas más tarde se elevaron de sus camas geológicas para formar el discutido «continente perdido», que sólo vivió unos millones de años y más tarde se sepultó de nuevo en los mares, dejando como recuerdo archipiélagos rocosos que adornan la cartografía del inmenso océano. Por estos puentes geológicos debieron de llegar a América hombres, animales y plantas que hoy confunden a la ciencia. Los seres humanos sólo dejaron como recuerdo fragmentos de piedras con grabados indescifrables como las tablas de la isla de Pascua, y las esculturas y figurines encontrados en la bahía de Manta en el Ecuador. Pero en el fondo de los mares todavía las sirenas silban y los dragones braman, porque en las profundidades del Pacífico subsiste lo que los geólogos llaman el «anillo de fuego» o sea una cadena de volcanes que hace temblar la tierra miles de veces todos los años y cuyos primeros eslabones empiezan en Chile, ascienden otros por la costa de América, llegan al norte hasta cerca de las islas Aleutias—Alaska—, continúan por Asia, enganchándose en el Japón, Sumatra, Borneo, las Filipinas y Australia. Y todavía unos eslabones más que acaban en un re-

poso geográfico, cuya cama es la Polinesia y su último almohadón la isla de Pascua.

La fatalidad histórica obra aún sobre el «mar de Balboa», y constantemente le hace temblar. Y la personalidad de este océano inmenso no sólo está en sus pueblos —sabios máximos en las «culturas del bambú y de la piedra volcánica»—, sino también en sus características físicas. El Pacífico es más grande, más profundo, menos salado y más azul que ningún otro mar. Desde las Filipinas a Panamá hay más de 9,000 millas. Su capacidad total casi es el doble que la del Atlántico. Sus abismos llegan a alcanzar hasta 35.500 pies en las inmediaciones del archipiélago filipino. Aquí las catástrofes terráqueas han producido una cama geológica calcárea y de formaciones coralinas mezcladas con detritus de animales y plantas marinas sedimentados a través de los siglos.

En la fisiología del océano Pacífico se registran cambios en las temperaturas de sus aguas, merced a corrientes submarinas que navegan a través de distancias enormes. En el norte, estas corrientes son «dextrogiras», es decir, que se mueven hacia la derecha. En el sur su dirección es contraria, orientándose hacia la izquierda. De la parte más meridional, no lejos de la zona antártica, nace uno de estos flujos que haciendo no lejos de la costa de Chile, Perú, Ecuador y Colombia, y más tarde se pierde en los parajes occidentales de la zona tórrida en las inmensidades del océano. Tal carretera acuática —que el genial Humbolt descubrió— provoca en la vida marina contrastes originales. Por ella se pueden encontrar en las zo-

nas calientes americanas, peces de clima frío. Otra corriente completamente opuesta, es la que nace no lejos del Japón, en climas cálidos, sube orientándose hacia la derecha y visita las costas de Alaska, continúa hacia California y muere hacia la línea ecuatorial. Así los animales marinos que en el Asia viven en aguas templadas llegan a las regiones nórdicas y visitan las costas californianas. Quizá esta fué la corriente que empujó las primeras embarcaciones llegadas con hombres asiáticos a las costas de América. Como la corriente de Humboldt, hizo que la emigración del hombre americano a través del continente no pudiera realizarse por mar, de norte a sur, y obligó a los hombres prehistóricos a caminar por las costas, dejando en su trayectoria recuerdos arqueológicos que todavía hoy confunden a la ciencia.

El Pacífico es menos «salado» que el Atlántico. Los vientos constantes que acarician sus aguas disminuyen la evaporación del agua. Sus inmensos temporales aumentan anualmente la cantidad de lluvias y así decrece el índice del cloruro de sodio.

¿Pero cómo nació el Pacífico...? La tierra dibujó este océano y le dió su forma actual con las catástrofes geológicas iniciadas hace ciento cincuenta millones de años en días pertenecientes al «período jurásico». Entonces la anatomía de la tierra se estilizó de forma original: Sur América nació de las profundidades del océano, excepto las costas del Pacífico que dormían aún en los suelos marinos. Este continente se unía con África. Europa no existía y Norte América formaba un núcleo terrestre al que se sumaban Groenlandia, Islandia y parte de las regiones

Escandinavas. Los Alpes más tarde habían de nacer con una estructura rocosa semejante a la que integra el alma de los Andes. Las costas del este de Africa estaban unidas a las de Asia, a través de un istmo enorme que se enganchaba en la India. Esta región por el sur se unía con Australia, y las regiones nórdicas asiáticas estaban pegadas a la parte septentrional de América. Este macizo terrestre flotaba sobre las aguas, y estas aguas eran las de ese mar inmenso que descubrió Vasco Núñez de Balboa el 22 de septiembre del año 1513 y bautizó Magallanes como «mar Pacífico». Sus aguas son más azules que las de ningún otro océano porque en ellas no vive ese parásito u hongo marino llamado plankton que cubre con una película la superficie del Atlántico y lo tiñe de tonalidades verdes.

El Pacífico da una «euforia» especial a los navegantes, como también ha parido civilizaciones y pueblos que han sido el «óvulo» de la presente humanidad. El Pacífico creó el Asia y este continente es el

incubador del «homo sapiens». En Java vivió el ejemplar humano más antiguo que conocemos: «pitecantropus erectus»; en China un contemporáneo de él: el «sinantropus». Del oriente nos llegaron los fenómenos sociales de más trascendencia. Allí nació el cristianismo. Allí nació Budha el «príncipe rebelde». De allí también es Confucio, el hombre que creyó que se podía hacer una humanidad justa y buena por medio de las enseñanzas de una especie de Biblia sin Dios. Budha y Confucio los dos «dioses ateos».

Y la fatalidad histórica obra estos días sobre el Pacífico. Nuevas efervescencias nacen de sus costas. Sólo la sabiduría y la unión total de todo el continente americano puede marcar un horizonte de color de rosa en el futuro del continente colombiano. El fenómeno consiste en eliminar prejuicios. No olvidemos que el Pacífico es más azul que el Atlántico, porque en él no vive el plankton, ese parásito que quita las bellezas de los reflejos marinos.

D R . J U L I O C A N T A L A .

ARANDO EN EL TIEMPO

LA FELICIDAD

Por Juan Ramón Uriarte

Pensador, pedagogo y diplomático. Esteta por temperamento. Su palabra llevaba siempre la intención de enseñar: una ruta o un pensamiento.

En El Salvador tiene muchos discípulos que le recuerdan. Constantemente está siendo visitado el cementerio donde en una tumba se disemina su cuerpo. Llegan peregrinos en romería ideal. Ahí son reflorecidos los recuerdos del maestro, del pensador y del amante de la cultura.

Aparentó ser pesimista. Quizás en esa misma actitud, defendía el pensamiento y el ideal, sembrando ideas que ahora están fructificando. Quiere decir que aró en el tiempo.

Damos aquí algo de lo que dejara Uriarte.

Murió en México, siendo Ministro de El Salvador cerca de aquel Gobierno.

El, con Masferrer y Gavidia, han formado el tripode sobre que descansa la testura evolutiva del país. Masferrer y Uriarte se adelantaron en la marcha hacia lo eterno. Don Francisco Gavidia señorea aún la preponderancia de sus talentos, siendo respetado, querido y venerado.

■ ■

IMAGINAOS un genio todopoderoso de las Mil y una Noches con la balanza de que nos habla Maeterlinck. Imaginaos un desfile inacabable de seres humanos ante ese genio dispuesto a mesurar la dicha y el dolor para complacer a los que demandan la primera y a los que desean librarse del segundo.

—Qué ponéis en el platillo de la Dicha, qué en el de la Pena? a cada una interroga el genio.

—Para este plato, este deseo: ser rico; y para el otro, este temor: la pobreza — responde el primero del desfile.

Y continúan los otros, colocando en el platillo de la Felicidad:

El político, el poder;
El militar, entorchados;
El jugador, suerte;
La mujer belleza y lujo;
El anciano, vida;
El joven placeres;
El patán, alcohol;
El vagabundo, dinero;
El vano, honores;

El avaro, oro;

El tonto, necedades.

Y continúa el desfile.

—Y tú, no pides nada, nada temas? — pregunta el genio a un hombre, cuya vista parece errar por otros cielos, de sonrisa clara, fresca y dulce, y frente bañada en suaves resplandores.

—No tengo un deseo solo, integro. Sí, fragmentos de anhelos que son muy poca cosa para poner en estos platos, porque no pesan. Sin embargo, si quieres...

—Ponlos — replica con aspereza el genio.

—Helos aquí, pues: un pétalo de ensueño, la mariposa de una idea original que perseguimos en el huerto del saber, la flor de una sonrisa en rostro amado o simplemente bello, el pestañear de un astro en noche blanca, el vaho de los campos al renovarse la naturaleza, el aliento de las flores, el suspirar de una fontana en apartada umbría, la caricia de un niño, la página de un libro, un

lienzo con alma, un trozo de música, la amistad, el placer de ver felices a los que uno ama...

—Y en el platillo de la Desgracia qué pones, hombre?—interrumpe el genio con algo de dulzura en su acento poderoso.

—La muerte de los seres que se aman solamente.

Y al poner en el uno tales fragmentos de anhelo y en el otro el temor de la muerte de los seres que se aman, el fiel marca el grado supremo de la Dicha humana.

MISION DEL DOLOR

EL dolor como el Mal —aspectos de la Vida— tiene una alta y verdadera misión en el planeta que moramos.

El dolor es fecundo en beneficios reales. Sin él, se ha dicho con razón, no existirían la dicha ni el placer. Espiritualiza, aquilata y engrandece a los pueblos. Es sabio profesor de energía, como le llama uno de sus más poéticos filósofos modernos, Finot.

La medida de nuestra valía espiritual está en proporción de nuestros infortunios, pesares y dolores.

Las tierras más trituradas por el trabajo son las más fecundas; las plantas más fustigadas por los elementos de la naturaleza embravecida o por el brazo salvaje de algunos hombres, son las que más sonríen en sus flores y las que rinden más ricos frutos.

Así los hombres y los pueblos.

De ahí que nuestros malquerientes, nuestros detractores, nuestros enemigos gratuitos, son, sin quererlo ni sospecharlo ellos mismos, nuestros mejores colaboradores, nuestros mejores estímulos, nuestros amigos, porque los dardos de odio que nos arrojan hacen brotar en nuestra naturaleza tesoros que ignorábamos poseer. Nos hacen reflexivos y sutiles, más ricos de alma y pensamiento.

Desgraciado el que no tiene enemigos de esa clase, porque es lo mismo que si no tuviera quien lavara su ropa, ni barriera su casa. Pobre de aquel que en torno suyo sólo encuentra voces amigas que preconicen y alaben su labor, porque se dormirá para siempre sobre los primeros laureles de su mérito.

No penséis que desconozca la eficiencia estimuladora del aplauso. Sólo os digo que desconfiéis de la liasonja humana, más cuando se la tributa en los mercados públicos.

La aprobación ha de surgir del fondo de uno mismo y venir de las pocas, muy pocas personas que participen de nuestro mundo interno o de las que valen más que nosotros.

Pero es bueno saber sufrir.

En medio del odio, ama; en medio de la envidia, regocíjate sinceramente con la bondad, los méritos y los triunfos ajenos. Si no puedes ser cristiano en este sentido, procura no hacer sufrir a ningún ser viviente.

Que tu divisa sea la del más noble y dulce filósofo que te doy por modelo para que pienses y acciones en tu tránsito por este valle de lágrimas y rosas: Amarlo todo para comprenderlo todo, comprenderlo todo para perdonarlo todo.

LA AVERIOSIS

ERASE una ciudad, alegre y confiada» como todas las ciudades tropicales. Y en la ciudad, un bosque cuyo baho voluptuoso se extendía a gran distancia, a la redonda.

Raro era el joven que al percibir los aromas de placer que venían de la selva, no se sintiese irremisiblemente impelido a ella, como el herramen de la nave de Sin Bad a la montaña imán.

En el corazón del bosque brotaba la fuente de la dicha suprema.

Mas, al salir de la encantada selva, los jóvenes eran asaltados por un monstruo invisible que desgarraba sus primaverales carnes y emponzoñaba para siempre su alegre sangre.

Un mancebo gentil que había abrevado su sed en las linfas de la fuente, clamaba en su lecho de muerte, con acento más desgarrador que las garras del monstruo invisible:

Padre, ¿en tu juventud, fuiste a la selva? ¿Por qué no me advertiste, padre mío?

Y el padre, baja la frente, apretaba la mano lacerada de su hijo entre las suyas, pálidas nerviosas.

Sin embargo, hubo un alma de verdad y amor, de honradez y valor, que intentó prevenir a los jóvenes

contra las asechanzas del monstruo. Fué un maestro de escuela, que decía:

—Jóvenes, os voy a hablar del bosque y sus encantos. Porque yo no os digo que no pongáis la planta en él. Es imposible resistir a su magia. Mas, el mal no está en ir, sino en no saber ir y salir. En vez de ir como han ido todas las adolescencias, a escondidas, a ciegas, yo os exhorto a que vayáis como hombres, leales y francos, conscientes y prudentes. Voy a poner en vuestras manos el instrumento con que os defendáis del monstruo para que podáis recorrer sin peligro la selva y gustar de sus hechizos y salir ilesos de cuerpo y corazón.

Pero, la sociedad aquella llamó corrompido y corruptor al apóstol. Y se le calumnió, injurió, aisló y persiguió, hasta que la muerte se los arrebató a los hipócritas del bien, a los tartufos, a los verdaderos corrompidos y perversos.

¿Sabéis, jóvenes, el nombre del monstruo de la selva?

Averiosis...

Decidme, ahora: ¿cuándo vosotros seáis padres, permitiréis que vuestros hijos vayan al bosque inermes por la ignorancia y los prejuicios?

..

Decálogo de la Buena Madre y de la Buena Crianza

1o.—El primer deber de la buena madre consiste en poner todos los medios posibles para que su embarazo dé los mejores frutos y la deje en las mejores condiciones.

2o.—El segundo, asegurar al esperado niño la defensa contra la ceguera, contra el Tétano del recién nacido y contra la Sífilis congénita; su inmediata inscripción en el Re-

gistro Civil y el bien incomparable que significa para él la leche de sus senos, el alimento ideal.

3o.—El tercero, consagrarse a la educación del «bienvenido», desde que llegue al mundo, manteniéndose constantemente inflexible en lo relativo a la regularidad del reloj impuesta a todos sus actos y a cuánto más contribuya a la formación de su carácter.

4o.—El cuarto, garantizarle el sagrado derecho al reposo conveniente, a la reparadora cantidad de sueño, para contribuir así de manera insuperable a su maravilloso trabajo: CRECER; y defenderlo en tal sentido contra la incomprensión y la inconsecuencia de quienesquiera que pretendan tomarlo como juguete, como objeto de distracción.

5o.—El quinto, rechazar sistemáticamente los consejos de profanos, sea cual fuere su procedencia y acatar siempre, en cambio, los de los buenos especialistas, no olvidando que la constitución de los niños de pecho es delicada en extremo, al grado de poder causarles la muerte desvíos al parecer no sólo sin importancia, sino antes bien favorables.

6o.—El sexto, estudiar con esmero los llantos de la tierna criatura, su primero, expresivo lenguaje, a efecto de alcanzar a darle la verdadera significación a cada uno de ellos, para interpretarlos acertadamente aun a distancia y que jamás pueda esgrimírseles como pretexto o como arma capaz de convertirla en débil esclava de sus caprichos.

7o.—El séptimo, aplicarse a conocer asimismo los pormenores del desarrollo normal, al punto de erigirse en defensora decidida, no sólo de los de su niño, sino también de los derechos de la Naturaleza, impidiendo a todo trance que se haga algo en su contra y absteniéndose mayormente ella misma de poner en práctica cualquier detalle rechazado o no sancionado por el especialista de su confianza.

8o.—El octavo, aprender a sentir el goce inefable que constituye la lactancia de su niño y ponerlo por sobre todos los demás placeres, lejos de considerarla como un sacrificio aniquilador. (La sabia Naturaleza premia doblemente a las madres nodrizas: previniéndoles en general nuevo embarazo mientras llenan su primordial función y procurándoles una salud envidiable).

9o.—El noveno, ceñirse con estricto rigor a los preceptos del especialista de su confianza, a las normas de la Puericultura, sobre todo en el primer mes de la existencia de su niño, sabedora de que la mayor parte de los recién nacidos perecen en ese corto período y al contrario, que cuanto se construya en los primeros meses tiene trascendencias incalculables para toda la vida, por larga que está sea.

10o.—Por último, grabar en su conciencia, con caracteres imborrables, esta máxima henchida de profunda verdad: «¡No es madre la que no cría a su hijo!»

Lamennais y la Negación del Pensamiento Tomístico

Por Guillermo Llach

A semejanza de un poderoso ariete movido por las más bajas pasiones del corazón humano, el haz de doctrinas revolucionarias de 1789, destruyeron el antiguo régimen en forma tan implacable como ciega, y ni siquiera su organización corporativa, admirable por su gran bondad social y por el espíritu de auténtica fraternidad que la poseía, les mereció el honor de subsistir dentro de la nueva fábrica política que construían. Hoy, serenadas las inteligencias por la bienhechora acción del tiempo y desengañada la humanidad por los frutos opimos de malaventuranzas que cosecha, justicia se hace al corporativismo medioeval, hasta por ensayistas que como René Garmy no pueden catalogarse entre los defensores de la sana tradición. Muy a su pesar y con reticencias explícitas, se ve obligado a reconocer la verdad resplandeciente de los hechos, diciéndonos en su obra «Orígenes del Capitalismo y de los Sindicatos», que el obrero en el siglo XIII no estaba en condiciones muy precarias y que el régimen corporativo estaba organizado sobre bases estables y casi igualitarias. Es esta una confesión del adversario hecha a regañadientes, pero que como confesión valiosa aunque incompleta, nos demuestra cuanta fué la insensatez y cuánta la ligereza de los que plasmaron la concepción liberal, al desechar mucho de lo bueno y saludable

que el pasado brindaba con largueza de pródigo.

Europa hasta la inoculación del virus protestante, venía sujeta en su progreso a una evolución de matriz católica, que transformó al hombre bárbaro en sér civilizado, al caos de los primeros siglos en el orden de los que les sucedieron y la esclavitud antigua, que menosprecia la dignidad humana, en la libertad cristiana que la enaltece con sello divino; y tan magnífico proceso de superación, que partiendo de cero había llegado a tan alto guarismo cultural, tenía ritmo religioso y cadencia teocrática. Este desenvolvimiento hubiera continuado en forma suave y lenta pero eficaz y sabia, si no se apodera y adueña de los hombres un morboso ímpetu revolucionario, un dinamismo negativo, que arrancaba de una filosofía falsa y errónea, por que convertía a Dios en un sol apagado al negar la Revelación o sea la palabra divina fecundadora de las almas. El hombre alejado de Dios, es el humanismo antropocéntrico que se inicia con la Reforma y el Renacimiento, es decir, con el optimismo ingenuo de éste y el pesimismo sombrío de aquélla. Y por un fenómeno sutil y dialéctico, ambos movimientos, que al hombre miran desde ángulos tan opuestos, convergen en él para hacerlo eje de sí mismo y del mundo, racero de todo valor y epicentro de la creación.

Las ideas liberales, que con la revolución francesa hicieron cadáveres inútiles y borbotones de sangre que a los siglos salpicaron, ofrecen una gama extensa que asciende de lo moderado a lo extremista, y en grado superlativo, alcanza a lo moderadísimo, sin dejar, por ello, de ser el error. El insigne Pontífice León XIII, nos enseña que el liberalismo nace del racionalismo y del naturalismo, y por lo tanto, imposible le es esquivar el atávico germen anti-católico de sus progenitores. Llámese liberalismo radical, designese con el calmante de moderado o titúlese, con habilidoso mimetismo, católico, profanando la ecumenicidad hierática del vocablo, la voz augusta y sonora del Pontífice golpeará sobre nuestro tímpano con la fuerza propia de un forjador incansable de la verdad y de un reprobador de la mentira liberal en todos sus matices, formas y posturas históricas. Maravilla ver a Iglesia, oponiéndose con denodado vigor al avance de estas herejías, cuando las demás sociedades se entregan a ellas con desfrenado sin igual, en una especie de vértigo colectivo, que da la sensación de progreso, cuando en realidad es un «viraje» lo que se opera hacia formas de vida opuestas a la propia naturaleza humana. El liberalismo desde su más honda raíz filosófica hasta su más enmarañado ramaje de doctrinas sociales y económicas, deshumaniza al hombre hasta convertirlo en artículos y numerales de códigos y constituciones o sea en fórmulas legales que consagran sus derechos en abstracto y lo sojuzgan en concreto, porque olvida que es algo más que un ente jurídico, es un sujeto de necesidades, es una criatura

de Dios y un ser religioso, espejo de la Divinidad.

Veamos de analizar, someramente, las tres clases de liberalismo de que nos habla León XIII. Al radicalismo orientalo un criterio racionalista escueto, que no hace buenas migas con la religión y que se inspira en un concepto evolucionista como es el de progreso indefinido. En lo que se refiere al origen de la sociedad, se aparta del hombre, ser social, de Aristóteles, para explicarnos el origen de la vida colectiva con la teoría contractualista de Rousseau. El liberalismo moderado recorta un poco las exageraciones jacobinas de su hermano, pero al oponerse al progreso indefinido en su cariz hegeliano y a la libertad ilimitada, no acepta que los frenos puestos a esas dos ideas sean manufacturados por Dios y su Iglesia. Frente a la religión no adopta postura amenazante ni violenta ni agresiva, como el radicalismo, pero aunque más suaves y aterciopelados sus métodos, no son menos anti-católicos y perseguidores. En vez de la tolerancia de cultos preconiza la libertad de ellos, y a nombre de esta libertad y cayendo en flagrante contradicción, se hace regalista, no respetando la jurisdicción de la Iglesia en aquellas cosas que le son propias por su naturaleza espiritual, y tratando siempre de someterla a su potestad, no repara en medios por falaces que sean ni siente escorzar de conciencia por el fariseísmo que lo caracteriza.

En lógica de buena ley, las cosas materiales caen bajo la jurisdicción del Estado, las espirituales bajo la de la Iglesia, y por último, las llamadas mixtas, que participan del carácter de las anteriores, son objeto de ambas potestades. Aplicando este

análisis a la historia política del país, encontramos en la vida del gran partido liberal las dos actitudes ideológicas anteriormente expuestas. El radicalismo tuvo su apogeo en el siglo pasado, y la historia imparcial y justa nos ofrece cuadros de persecución jacobina a la Iglesia, con la nitidez y claridad de una cinta cinematográfica documental proyectada sobre el presente. Convencidos de que a la religión no se la destruye con la fuerza bruta sino que se la fortalece y vigora, resolvieron los liberales de hoy, cambiar los harapos de los sans-coulottes jacobinos, por la reposada e hipócrita indumentaria del estadista masón. Ahora se expropián casas de comunidades católicas con leyes injustas, pero a la vez, con lenguaje melífluo, se hacen protestas de catolicidad: ahora se expulsa el nombre de Dios de la Constitución y se introduce en ella el principio de la libertad de cultos, y continúan los autores de tales atentados con el nombre católico a flor de labio; ahora a la juventud se le instruye en una filosofía racionalista y atea, se la corrompe en las escuelas oficiales, haciéndose burla y escarnio de la majestad del sacerdocio, y sin embargo cúbrese de escapularios y reliquias para engañar la conciencia nacional. Liberales moderados se llaman en cuestiones religiosas, porque sus métodos de persecución son solapados, porque la propaganda anti católica falaz está rodeada de aparatoso respeto a los jerarcas de la Iglesia colombiana.

Al fin llegamos a las tesis sostenidas por Felicité de Lamennais o sea al liberalismo católico con falsas pretensiones tomísticas, como trataremos de demostrarlo. Amalgama de términos tan desiguales, maridaje

de conceptos que se repelen y de doctrinas que se excluyen, pues, la convivencia del error y la verdad es de imposible realización. Este repugnante hibridismo ideológico sólo puede explicarse como solución de un grave problema de conciencia. No podemos resistir la tentación de citar el pensamiento luminoso del presbítero y teólogo eminentísimo don Rafael M. Carrasquillo: «Esta combinación de palabras, dice, dan en qué pensar. Si algunos católicos necesitan añadirse un segundo nombre, es porque no son católicos como los demás, y por consiguiente no son católicos, porque dentro de la Iglesia no caben creencias religiosas diversas. Ahora, si un grupo de liberales necesita llamarse católico, es porque reconoce que los demás liberales no lo son. Qué luz la que dan los vocablos para conocer las cosas».

Funda Lamennais el diario «L' Avenir» para propagar y defender sus tesis. Sus doctrinas fueron desaprobadas por Gregorio XVI, y entonces él las defendió diciendo que eran las mismas de Santo Tomás y otros teólogos. Combate el racionalismo con violencia inusitada, negando a la razón capacidad para alcanzar la verdad y la reemplaza por la autoridad basada en el consentimiento común. Y en el desarrollo de este concepto exagerado llega hasta afirmar que la geometría se funda, como las demás ciencias exactas, en un «convenio tácito» para «admitir tales principios por ciertos y castigar a quien los rechace como culpable de rebeldía contra el sentido común, que no es más que la autoridad del gran número». Esta forma de defender la Revelación, agotando férreamente la razón, es poco aconsejable, para ser parcos y comedidos en el

decir. Esta no es doctrina tomística. Y para demostrar objetivamente lo absurda que es, citaremos el pensamiento de Leibnitz, que viene como anillo al dedo. Dice: Proscribir la razón para afirmar la Revelación, es arrancarse los ojos para ver mejor los satélites de Júpiter a través de un telescopio». Y Lamennais terminó, sin embargo, exaltando la razón.

Esta escuela liberal-católica reconoce a la Iglesia como a poseedora de la Verdad, pero sostiene que las relaciones entre la potestad civil y la eclesiástica deben regularse por la fórmula manida de la Iglesia libre en el Estado libre, fórmula que termina en lo que quiere evitar: la esclavitud de la Iglesia, como la historia lo confirma. Tampoco es ésta doctrina católica, sino jacobina pura. El árbol genealógico de la escuela liberal-católica arranca desde Wiclef, defensor de la tendencia racionalista y precursor de los novadores protestantes del siglo XVI, por lo tanto, es vieja herejía que los pontífices han condenado severamente. No hay libertad en el orden teológico, pero sí libre examen en materia de fe, dijo Wiclef; no hay libertad en el orden teológico pero sí libre examen de la biblia, dijeron Calvino y Lutero; y Lamennais declara que la razón es ineficaz e inútil, porque no alcanza a aprisionar la verdad, y termina defendiendo un libre examen que la evanece con sus adulaciones y zalemas. La exageración de los sistemas y doctrinas al entendimiento conduce por caminos extraviados y sendas de error. Esta verdad sencilla y diáfana no la vió Lamennais, porque la soberbia humana que tan mala consejera es del corazón y de la inteligencia, habíase constituido en brújula

de su espíritu hasta llevarlo a la mar brava de las pasiones turbulentas de la herejía. El «sólo sé que nada sé» socrático, apotegma que es como síntesis literaria de la experiencia humana y cuerda guía del intelecto y norma de los verdaderos «sabios que en el mundo han sido», transfórmase, en virtud de la exageración, en el escepticismo pirrónico, que se hubiera generalizado si no fuera tan sentido y juicioso y casi intuitivo, el criterio de la humanidad cuando se trata de discernir el error de la verdad.

Para Lamennais todos los hombres gozan de una igualdad de naturaleza, fundamento, innegablemente, de rasgos y pergeños tomísticos, pero sobre un cimiento común levántanse edificaciones que obedecen a planos diferentes; el de Santo Tomás, aristotélico y cristiano, combinación armoniosa de lo ático y lo gótico, que culmina en la majestad de la obra clásica o sea el modelo eterno de la humanidad; el de Lamennais, rousseauniano y enciclopedista carece de elegancia griega y de sublimidad evangélica, y tuvo una efímera vida, como todo lo que se derivó de Juan Jacobo, porque no era una verdad sino una moda. De la igualdad de naturaleza síguese, según el abate aludido, la igualdad de derechos, comprendiendo los políticos. Ya este pensamiento no es tomístico. Para el Doctor Angélico, la igualdad de naturaleza se refiere sólo a la esencia del sér, y no se extiende a las calidades físicas, intelectuales y morales, porque en estos predios la desigualdad reina. En el tomismo la igualdad del hombre es ante Dios, ante su destino y distribución equitativa de medios y recursos para alcanzar la vida eterna. El igualitaris-

mo de Lamennais es rousseaunismo. Para el santo Doctor la igualdad de derechos sociales y políticos es imposible, pide más bien ciertas jerarquías legítimas. Es lógico que siendo, a nuestro entender, la vida social y política, un reflejo y una proyección de la naturaleza humana, y siendo ésta distinta en cuanto a calidades y virtudes, distintas y diferentes deben ser las posiciones sociales y políticas que los hombres ocupen dentro de la sociedad. Es ésta una teoría que para comprobarla no necesita de costosos laboratorios ni de agotantes investigaciones.

Injusta es para Lamennais la organización social que no realiza esa igualdad, y para Santo Tomás es justa porque respeta las desigualdades de la naturaleza. El esfuerzo del abate francés para justificar sus errores fué inútil. Difícil o mejor, imposible es que «los sacrosantos principios del 69», puedan hermanarse con los del tomismo. Por la somera exposición anterior, puede verse que es más pretensión que verdad la defensa que hizo Lamennais, de sus doctrinas. Este igualitarismo de Lamennais es defendido por algunos católicos sobresaturados aún de revolución francesa, fundando sus atrevidas aseveraciones en pasajes bíblicos torcidamente interpretados por ellos. La palabra de Dios no descendió a nosotros para enseñarnos un igualitarismo aritmético de los hombres ni en esta vida ni en la otra, pues el mismo apóstol San Pablo nos dice que los méritos son distintos según la gracia que a cada uno se da, y como consecuencia, en el cielo hay diversas mansiones, según el Evangelio de San Juan. «Y una es la claridad del sol, otra la

claridad de la luna y otra la de las estrellas; porque una estrella difiere de otra en claridad (Cor. XV). Lenguaje figurado de máxima luminosidad para presentar un principio de tanta envergadura como es el de la desigualdad de las cosas y de los hombres. Así como las estrellas difieren en claridad, asimismo los hombres diferimos por la intensidad de la luz intelectual, por la claridad y pureza de nuestra razón y por las irradiaciones de nuestra voluntad y por el sentido de la virtud que nos oriente. En este versículo de los Libros Sagrados, como en muchos otros, el pensamiento no se expresa sino se indica.

Punto tercero de la doctrina de Lamennais: «La legitimidad de la insurrección para destruir los gobiernos y cambiar la organización social». Principio anárquico que se desprende, como un racimo de males, del más anárquico de los libros: «El Contrato Social». En buena doctrina a los gobiernos legítimos se debe obediencia y acatamiento, no siendo permitida la utilización de la fuerza para derribarlos. En un caso los teólogos justifican la rebelión contra los poderes constituidos en el de tiranía. Y distinguen entre tiranos en cuanto al título y tirano en cuanto al ejercicio del poder. Es tirano en cuanto al título el gobernante que usurpa el poder, es decir, que a él llega por medio de la violencia y la arbitrariedad. Es tirano en cuanto a ejercicio, cuando siendo honesto y lícito su ascenso al poder, el gobernante, lo utiliza para conculcar los derechos de los ciudadanos, para negar justicia a los que de ella están necesitados, para perseguir, con iniquidad tremenda, a quienes disientan de sus opiniones y para pisotear

la conciencia religiosa de la nación. Pero no se puede emplear la fuerza para destruir al tirano, sin madura reflexión y sin haber antes agotado los medios pacíficos de consejos y súplicas ante él. Si la tiranía es flagrante, entonces la sociedad se coloca en situación de legítima defensa colectiva, y hasta puede darle muerte, según opinión de muy destacados teólogos de la catolicidad. Pero la tesis de Rousseau, y que acepta y proclama Lamennais, es una bomba de tiempo fabricada por el deshonesto filósofo de Ginebra y colocada con perversa mano en el corazón de las sociedades europeas.

Lamennais: he aquí el sinónimo de la expresión incongruente de liberalismo católico. Inteligencia pri-

vilegiada por la naturaleza con dones que a pocos mortales concede, fue la de este abate que giró primero de la incredulidad arrebatadoramente demoníaca a la fe católica, que como llama de vida espiritual, consume los pecados y teje la urdimbre recia y salvadora, angelical y humana de la santidad más perfecta. Y después, impelido quizá por los sentimientos ocultos de sus viejas negaciones religiosas, columpióse sobre el abismo de la incredulidad hasta precipitarse a él. Su caída fué vertical. Su pecado: tratar de unir la verdad católica con la mentira de la revolución francesa, es decir, su pasado irreligioso y herético con su presente cristiano y ortodoxo.

G U I L L E R M O L L A C H

••

El Principio y el Fin de la Vida

Por José Lino Molina

I

EL hombre viene a la vida en estado de completa inconsciencia, lo cual le impide hacerse cargo de su paso *del no ser al ser*.

La senectud, paulatina, le conduce a la inconsciencia original y cuando llega a su término aunque sienta venir la muerte no le produce ninguna sensación y de este modo también pasa sin darse cuenta *del ser al no ser*.

Ambos estados, diametralmente opuestos, coinciden en estos extremos.

¿Será, acaso, que el Hacedor Supremo quiso que el hombre no sin-

tiera los dos trances linderos de su existencia y los salvara sin brusquedades de ninguna especie, ya que es posible que si tuviera pleno conocimiento de ello y estuviera en su voluntad optar, de buen grado renunciaría tanto a venir al mundo como a irse de él?

¿La muerte por enfermedad o por accidente, antes de la decrepitud natural, no entraba en sus planes?

Hay enfermedades que minan el cuerpo sin que de ello se pueda tomar nota y cuando culminan con una muerte *repentina*, ésta no se siente.

En muchos accidentes se perece de la misma manera, la muerte llega

callando, no para que, como quería Santa Teresa de Jesús, *el placer de morir no nos vuelva a dar la vida*, sino para que el ánima no se torture en inútil agonía y evitar engorrosas despedidas.

Los preludios de la muerte en algunas enfermedades son *sueños venturosos*, si es verdad lo que afirman algunos observadores, *realización de las más caras esperanzas, exultación de un porvenir sonriente* y en ello, la muerte como madeja de seda se va desenvolviendo y la vida se entrega sin lucha a su rival triunfante.

En algunas otras, en que los extraños ven cómo desaparece el músculo y huye la robustez, el *paciente* no lo nota, la muerte no lo acosa, sino es en ráfagas de un cierzo pasajero que al pasar lo deja arrullado con la esperanza de una vida, en que los proyectos se suceden rápidos como *castillos en el aire*, en las imaginaciones creadoras. Y la lenta conunción, robando un poco todos los días, termina su obra sin que aquél sienta mayormente sus estragos.

Sólo los malvados, que llevan en sus almas horribles poluciones, carecen de sosiego, aun en estado de salud y cuando les llega su turno, el espectro de la muerte los hace temblar y sudar, como al avaro, cuando en su angosto lecho, teme que le roben sus tesoros.

Como quiera que sea, es axiomático que cuando nos contentamos con satisfacer las necesidades de nuestro organismo, en los tiempos en que las reacciones peculiares de cada una nos dan sus avisos, conservamos la salud, estado propicio a la longevidad.

También es evidente que si la prudencia guía nuestros pasos, nos libramos de los peligros aún en los

lugares donde sabemos que la muerte está presente.

Para lo primero, la naturaleza nos da el alerta cuando en nuestro interior algo está para agotarse y su reposición es indispensable: el hambre, la sed, el sueño, el cansancio, son las voces que nos anuncian que debemos comer, beber, dormir, reposar y si obedecemos a tiempo, deviene honda satisfacción y plenitud de vida. Habiendo exceso o falta, sobrevienen torpeza, disgusto, fatiga y si descuidamos atender al motivo que los provoca, la enfermedad con un desequilibrio general de todas nuestras fuerzas, primero y las consecuencias que terminan con la muerte, después, adelantan el desenlace.

Para lo segundo, nos ha provisto del instinto que nos mantiene sobreaviso para que huyamos del peligro o tomemos las debidas precauciones, si por fuerza lo hemos de arrostrar y por él vivimos prevenidos. Se cae, ello es inevitable, pese a los cuidados más escrupulosos que se empleen, pero se escapa casi siempre, cuando el *miedo*, auxiliar de lo inconsciente o del instinto, ejerce su benéfico influjo y por él habemos cuenta de que cerca hay una voráGINE.

Los peligros de muerte existen en todas partes: en los medios de transporte y locomoción; en los elementos naturales como el agua, el fuego, el rayo; en los vehículos como el ferrocarril, el automóvil, el avión, que devoran distancias y arrollan obstáculos, siendo a su vez arrollados por fuerzas incontrastables, haciendo perecer a los que los manejan y a los que conducen.

El hombre ancestral que bebió el agua en la fuente de donde manaba,

tomándola en el hueco de sus manos, que se nutrió de frutos donde los encontró; que anduvo a pie y cargó a su espalda, no tuvo menos comprometida su existencia con los animales dañinos y con su propia in-experiencia.

Lo que vemos siempre es que la muerte como ave fatídica cierne sus negras alas sobre las cabezas de los mortales, sin que haya un momento en que se esté libre de sus garras. Rebelde a toda reglamentación, la muerte llega igual al astroso mendigo de cuerpo lacerado por llagas incurables y al potentado que tal vez lleve en su alma esas llagas purulentas; para unos haciéndose sentir en todos sus horrores y para otros a mansalva que es cuando menos mal inflige al sujeto, pues no se siente llegar como no la sienten el infante y el anciano, polos de la existencia y no han conciencia de cuándo los posesiona la vida y cuándo los siega la muerte.

II

¿Qué sería del progreso, si el hombre, deseoso de morir de viejo para no sentir la muerte, se hubiera conformado con sólo lo que encontraba hecho?

Guiado, sin duda, por el afán de acumular elementos de vida, acicateado por la necesidad y estimulado por la experiencia, en un principio se dió al trabajo y roturó la tierra e hizo otras cosas; almacenó lo necesario y entonces vió que podía conseguir algo que no le era absolutamente indispensable, pero que le proporcionaba comodidades y lo obtuvo; el pensamiento del descanso que podía lograr si atesoraba para mucho tiempo elementos de vida, lo impul-

só al trabajo tesonero, no reconoció fatiga, ansiaba la tranquilidad y logró dominar las fuerzas de la naturaleza, utilizando la materia, hasta tornarla su dócil servidora.

Y consiguió todo lo que le era posible conseguir, primero los frutos para su alimentación y los artefactos para su industria y con ello aseguró la vida material; pero instigado por algo más noble, aspiró a la felicidad completa y como no la consiguió jamás en toda su plenitud, su afán ha perdurado y perdura y no cesará; pero en cada vez ha encontrado nuevos alicientes y elementos a los cuales ha dado ocupación y los que en un principio fueron superfluidades, llegaron a serle indispensables.

El esfuerzo más ruín que el hombre ha emprendido y que ha despararramado la desgracia por el mundo es el de almacenar dinero. Unos lo han conseguido y otros, la mayor parte, han trabajado en vano en ese sentido. Por eso se desvió, cifró su felicidad en el oro y se equivocó, porque en cuestiones de felicidad, lo mismo puede obtenerla el mendigo que demanda el sustento a la mentida caridad pública, que el labriego que en trabajo individual, duro y cotidiano lo arranca al seno de la tierra, que el millonario que obtiene sin fatigas físicas ni mentales el oro que ya no le produce placer.

¿Cuáles son los ideales del progreso? ¿Será el hombre, únicamente un instrumento en manos de la Causa que impulsa a la transformación, a la mutación continua y no al idealista que por propia inspiración e iniciativa, emprende las obras en que se empeña? Todos los afanes que se echa encima, todos los trabajos que se da, todas las opresiones que lleva a cabo, todos los

sabemos, no contribuyen un ápice a su felicidad y si comparamos al hombre contemporáneo que vuela y que atraviesa el océano en horas, que antes no lo lograba ni en meses, con el de las cavernas que iba desnudo, rugía como las fieras y disputaba con ellas su presa, notamos que en orden a felicidad, están en el mismo plano, con una apreciable diferencia en favor del hombre cuaternario, que éste no se afaná por ninguna quimera.

En los tiempos que alcanzamos el mundo está poblado por *dos billones de individuos de la especie humana* y se está al tanto de infinidad de cosas que antes ignoraban los sabios: el

cable submarino condujo el pensamiento en cuestión de minutos y ahora se dispone del radio en que se oye como por arte de magia lo que se habla o se canta en las antípodas; pero por ello no nos hemos aproximado ni un milímetro a la felicidad. Quizas eran menos desgraciados los hombres cuando se ignoraban mutuamente, pues no existían profundas rivalidades, que hoy que estamos al habla de océano a océano.

Sin embargo el progreso tal vez sirva de algo que no podemos precisar, puesto que se realiza a pesar de la estagnación y oposición de los retardatarios, tradicionalistas y conservadores.

La Magia en los Pueblos Negros

Por el Dr. Laudelino Moreno

El principio de la causalidad natural y la superstición

SE considera que los ritos mágicos son imperativos, significando violenta coacción a la divinidad, mientras que los ritos religiosos son suplicantes, reconociendo explícitamente la inferioridad humana. Para Bros la magia es el arte de someter las leyes de la naturaleza por ciertos actos que sólo la afectan en apariencia, suponiendo la creencia en un lazo de afecto a causa, en sucesiones constantes y en leyes permanentes. La inteligencia para adquirir conocimientos nuevos, pasando de lo conocido a lo desconocido, ha aceptado como norma de investigación el establecer analogías y razonar por semejanza, sometiendo sus resultados,

en cuanto es posible, a la comprobación experimental.

En opinión de Lehmann la superstición es toda creencia que no se fundamenta en una religión determinada o que se encuentra en contradicción con la concepción científica de la naturaleza en un momento determinado de la historia, siendo magia todo acto que se derive de una superstición, cualquiera que sea su carácter natural. Según esta orientación la magia está integrada por un conjunto de ilusiones y errores de percepción causados por los fenómenos que se temen y esperan, sin suponer necesariamente la creencia en los demonios y sin distinguirse con carácter absoluto, la magia de la religión.

Los pueblos de civilización rudi-

mentaria tienen más confianza que los cultos en las inducciones fundadas en la analogía o en meras asociaciones de ideas, desarrollando sus concepciones religiosas conforme al mundo en que viven y al significado de lo que por sus sentidos pueden percibir. Carlos Letorneau, en su obra *Science et materialisme* estima que el salvaje no hace más que llevar a la religión nueva supersticiones nuevas y a la civilización sus vicios y sus miserias», consignando en otro lugar que «la observación nos autoriza a decir que es insensato el pretender elevar rápidamente las razas actualmente inferiores al rango de las razas perfeccionadas, siendo estériles los ensayos de implantación brusca de las civilizaciones y de las religiones elevadas en el seno de las razas inferiores. Letorneau formula conclusiones radicales por no apreciar la distinción necesaria entre los caracteres éticos y los culturales que influyen en la vida de los pueblos.

La denominación de salvaje (de salvaje, silvestre) se aplica al hombre que desenvuelve su medio de vida en las selvas. Los pueblos salvajes no carecen en absoluto de cultura, como pretenden los que los califican de incultos, ni viven totalmente supeditados a la naturaleza, conforme a la denominación de **pueblos naturales** que les aplican los geógrafos alemanes, como A. Vierkand, en su obra *Naturvölker und Kulturvölker. Ein Beitrag zur Sozialpsychologie*. Aun cuando sea empresa difícil ir adaptando la civilización más progresiva a los pueblos de la selva virgen o a los de las estepas, tundras y desiertos, ha de observarse que así como no hay razas puras tampoco existen civilizaciones homo-

géneas, ya que factores como el comercio, los viajes y la cultura influyen de unos pueblos a otros en su vida social, política, jurídica, artística y religiosa. El contacto de distintas civilizaciones crea yuxtaposiciones, en las que se aprecian grandes diferencias mientras no se efectúa la asimilación. La civilización de un pueblo se caracteriza por sus elementos peculiares, especialmente por el aprovechamiento que hace del espacio geográfico que ocupa, siendo armónica su civilización cuando es apropiada al país en que se desarrolla y están estructurados sus componentes.

Wundt afirma que el hombre primitivo carecía de ideas acerca del principio de causalidad natural, siendo los fenómenos que observaba familiares o sorprendentes, ordinarios o extraordinarios, normales o anormales, esperados o inesperados, naturales o no naturales, y, en consecuencia, comprensibles. Según Reville el animismo, derivado del naturalismo, engendra una consecuencia de carácter universal que penetra totalmente todas las ideas y prácticas de los no civilizados.

Se ha llamado *magia blanca* o *natural* a la que por medio de causas naturales obra efectos extraordinarios, que parecen sobrenaturales; *magia negra* o *de encantamiento* a la que supone obrar maravillosos efectos de apariciones, encantos y curaciones milagrosas por medio de la ayuda del demonio y *magia teúrgica* a la que pretende tener potencia para establecer relaciones con espíritu de otros mundos mediante conocimiento de la obra divina. Frazer, en su *Golden Bough*, dice que los principios ideales sobre los cuales está basada la magia son dos: a) el

de que lo semejante produce lo semejante o el de que un efecto se parece a su causa, y b) el de que las cosas que han estado una sola vez en contacto continúan influyéndose recíprocamente después de haber perdido su contacto físico. Para Frazer la *magia homeopática* se basa en la asociación de ideas por similitud, partiendo del error de que las cosas que se parecen son iguales, mientras que la *magia contagiosa* está basada en la asociación de ideas por continuidad, suponiendo que dos cosas que han estado algún tiempo en contacto continúan estándolo eternamente. Pueden comprenderse la *magia homeopática* y la *contagiosa* con la denominación genérica de *magia simpática*, ya que ambas significan que unas cosas actúan sobre otras a distancia, en virtud de una secreta simpatía, siendo transmitido el impulso por fuerzas ocultas.

Eduardo B. Taylor, en su *Early History of Mankind; Primitive Culture*, procura relacionar el animismo primitivo con la demonología mágica y considera que la magia forma parte de la «ciencia de las supervivencias», estimando como *magia simpática* la de los ritos mágicos que operan a tenor de las leyes de la simpatía, de lo mismo a lo mismo, de lo semejante a lo semejante, de la imagen a la cosa y de la parte al todo, por lo que «estudiando las ciencias ocultas descubrimos fácilmente en ellas principios que entenderíamos a la perfección si lográsemos retrotraernos al estado inferior de pensamiento a que corresponden.

Espíritus y demonios suelen no distinguirse por los pueblos de civilización rudimentaria, creyendo bastantes negros africanos que los demonios que los auxilian o los atormentan

son almas de personas muertas. Las cualidades buenas o malas del difunto siguen en su espíritu, que conserva su actividad y poder al intervenir en los asuntos de los vivos. Las tribus negras tienen la creencia de que sus muertos deben estar en algún lugar desde donde puedan acudir a visitar a los vivos, especialmente durante la noche, o que van volando a regiones a ellos destinadas, en la profundidad del mar, en el interior de las selvas, en las cimas de las montañas, en las islas remotas, sobre las llanuras que se hallan sobre el cielo o en las profundidades subterráneas, a donde desciende el sol por la noche. Los zulús y otros grupos negros de África enseñan los agujeros por donde, a través de las cavernas, puede descenderse al mundo de los muertos. En las aldeas de los biafadas y felupes, en la Guinea portuguesa, puede observar que servía de lugar de reunión el cementerio, con objeto de que las almas de los antepasados vieran a sus familiares y amigos. Igualmente curiosa es la costumbre que encontré en los timmis, habitantes en la colonia inglesa de Sierra Leona, dejando algún tiempo desocupada la choza del que muere, por suponerse que su alma sigue merodeando por las proximidades y toma venganza contra el nuevo propietario. Posiblemente responde a la misma creencia la práctica de los sakais, moradores negritos del valle de Batang Padang, en la península de Malaca, de quemar la choza del difunto y regalar o cambiar los objetos que le han pertenecido.

Las artes mágicas alcanzan entre los pueblos negros las más variadas manifestaciones, desde las interpretaciones cosmogénicas, cantos reli-

giosos, cultos ofiolátricos; grandes festivales, ceremonias de duelo, danzas sagradas, como el vodú, y sacrificios humanos hasta las prácticas feticheras, encantamientos y nigromancia.

Conjuros y maleficios

El conjuro o súplica, mediante evocación a la divinidad o a seres demoníacos, para que se realice un acontecimiento, es conocido de remotos tiempos. En la tabla egipcia de memorias del tiempo de Ramsés XII, conservaba en la Biblioteca nacional de París, el dios Jonks aparece enviando en su arca a curar a la princesa Bentaresh del continuo movimiento de sus brazos y piernas, posiblemente el mal de San Vito, y cuando el dios llegó el demonio dijo: «Gran Dios que arrojas a los demonios, yo soy tu esclavo; me volveré al sitio de donde he venido». Celebraron un sacrificio en honor al espíritu demoníaco y éste desapareció, quedando curada la enferma. El maleficio es un conjuro para producir males a los hombres o a los animales, siendo una de sus variedades la *fascinación* o *mal de ojo*.

Según la teogonía de los ewes y otras tribus de la actual colonia francesa de Dahomey, que ha sido continuada por sus descendientes en la Martinica y Haití, Mahou es el creador del cielo y de la tierra, pero no se ocupa de las cosas de ella, haciéndolo, en cambio, los *vadoun*, *iuas*, *sances* o espíritus, que se mantienen en comunicación constante con los brujos o hechiceros, ciegameamente obedidos por las incultas multitudes del continente negro. Bocor es el

brujo haitiano que, como intérprete de los lúas, tiene la facultad de proporcionar beneficios o causar terribles desgracias, incluso la muerte.

Los *oungas* o *embós* son los talismanes empleados por los brujos para producir la *salación* o para librar de ella a una persona, transmitiéndola a otra o a un animal u objeto, ya que el embó es el vehículo del *bilon-gó*. Hay oungas de amor, de odio, de protección, de nacimientos y de muerte, haciéndose por los hechiceros o hechiceras con varios ingredientes, como extractos de raíces, hojas maceradas, polvo de pájaros secos, huesos pulverizados, sangre seca, polen de las flores de la selva, barbas de chivo, leche de mujer y *pimbardé*, que es un bejuco afrodisiaco. El ouanga de amor y de muerte es llamado *kaiyou*. Con frecuencia los oungas son nocivos para la salud.

En las seducciones, estupro o violaciones, son usuales las prácticas de brujería en los pueblos negros, unas veces empleando plantas excitantes y otras narcóticos, no siendo raro que el propio bocor se aproveche de sus artes. Acertadamente el doctor Fernando Ortiz, en su obra *Los negros brujos*, considera que el hechicero es «lujurioso hasta la más salvaje corrupción sexual, concubinario y polígamo, lascivo en las prácticas del culto y fuera de ellas, y fomentador de la prostitución ajena». Los principios éticos de los negros africanos son distintos de los que rigen en los pueblos civilizados, por lo que Ratzel estima que entre los negros «el hombre que lleva a la prostitución a su esposa no comete un acto contrario a la moral» y Enrique Dumont, en su obra *Antropo-*

Apunte—

EL CUBISMO Y JEAN COCTEAU. — Por Juan Felipe Toruño

A Guillermo Machón, que busca en el conocimiento una experiencia de vida.

FUE René Ghil el de la transición del *decadentismo de la Decadencia* a la tendencia literaria cubista. Y con René Ghil, a quien se tomara como adelantado en ese movimiento que promoviera tan enconadas discusiones, Jean Royére. Pero, a la verdad, fué Jean Royére quien con su libro EURYT-MIE, publicado en 1902 en París y desde su periódico LA PHALANGE, que fundara en 1905, colaborando con él Ghil, sostenía principios de renovación literaria, no sólo en lo tocante a cubismo, sino que en lo so-realista y el mucisismo, pues que aquel libro proyecta de modo decisivo la variante que tomarán las inquietudes estéticas francesas, después de que Juan Pablo Picasso —catalán— imprimiera en un vacío interminable el movimiento de objetos y sujetos, periferias y horizontes que no se advierte de dónde parten, porque flotan interminablemente en la indetermina-

ble indefinición y distancia, dentro de espacios que quisieran evadirse del tiempo.

Alguna vez se ha querido situar dentro de inamovible marco el cubismo. Pero es imposible tratar de contener su impulso o de aprisionar sus contenidos para limitarlo; sin embargo de que la tendencia y la expresión están manifestadas en la condición de aristas que se suceden vertiginosamente en una aparente dislocación, aglomerándose la característica expresiva en lineaturas geométricas y que son ageométricas —si nos vamos con Euclides— por la fuga de la estabilidad.

Los árboles, los edificios, trenes o aeroplanos, pasan veloces frente al poeta, así como pasa el hombre y su contorno, —o sin contorno— y el poeta alinea sus visiones en la panorámica interior. Es de lejanía, casi siempre, la cercanía cubista— ya sea pictórica o literaria. No estabilízase



JEAN COCTEAU

logía y Patología comparada de los negros esclavos, apreciando el deseo sexual de posesión instintiva y brutal con la ausencia de evolución en

los sentimientos amorosos, explica «la lujuria y la vida licenciosa que llevan los hombres y las mujeres de sangre africana».

en puntos definidos ya que sería de terminar fijeza, plantar limitaciones y el cubista no quiere limitar ni paralizar sus paisajes ni sus intenciones; los deja en movimiento para que ellos expresen mejor lo que son en la profundidad del contenido, en el desgarramiento existencial, en la dimensión o dimensiones que están reproduciendo vida, acción, superficies y abismos, confusión y sensación.

El cubismo, la tendencia cubista, llegara a elaborar un proceso metafísico rompiendo una periferia estabilizada, asiendo mayores visiones para dejar, dentro de la maraña morfológica, la desnudez sin vestiduras de razones vanas, el toque de lo misterioso en la ruptura convencional de las formas, la presencia del enigma en los poliedros desmenuzados en una técnica aparentemente sin técnica, manteniendo poderes de atracción, de auscultamiento, de audición y de perspectivas borrosas, en los trazos rápidos, enigmáticos, significativos y casi siempre en éteres de contraposición como para indicar que la naturaleza está entregándose con antinomias y que en los dilemas permanentes de la vida se suceden características disímiles, extrañas, sorprendidas, sobre las que el poeta aguza su visual, su oído, su derecho de adquirir lo que necesite para la formación de atmósferas en que diluye su pensamiento, su sensibilidad emotiva y su propio misterio, por lo que está siempre, aun en los más insondables y remotos contenidos, su presencia: presencia viva en escenarios de colores o de palabras, imágenes, metáforas, contratiempos intencionales y fenoménicos. El fenómeno ocupa lugar imprescindible, como proveniente del nómeno que es el poeta, para que con el

fenómeno surjan las especulaciones

En estas tendencias de lo llamado Vanguardia, a decir verdad, existen motivo y oportunidad para desviar corrientes creadoras.

Las confusiones en las distintas proyecciones de lo Ultramodernismo o de Vanguardia—que es lo mismo—no son más que revoltillos que, a su vez, oportunan preparaciones para extraer en fuerza de experiencia claridades precisas. Son tales proyecciones enmarañadas tramazones para sacar de ellas la verdad poética, tal como está ocurriendo actualmente después de los vaivenes *isficos*. Que el cubismo, que el futurismo, que el imaginismo, el dadaísmo, el surrealismo, el ultraísmo—que partió de México en América, con Maples Arce su abanderado y de donde se pudo apreciar la advenencia de lo simultáneo— el simultaneísmo, el atalayismo— que se disolvió al nacer y el agonismo que no hay duda tiene un gran fundamento de cultura integralista y que viene proyectando cómo ahora todas las distancias se están acortando: la del sonido, o auditiva, por el radio, la de traslación de cuerpos de un punto a otro, por la aviación; la percepción objetiva por la tele-visión, quitándole, en esta forma, al tiempo parte de su anatomía para que todo se haga con rapidez, aunque la existencia del hombre, así, tenga mayores complicaciones: que todo esto no es sino impulso de búsqueda, insatisfacción, proceso evolutivo, aflicciones, necesidad de variar (1)

(1) El agonismo actual, que se ha manifestado ultimamente en Argentina, aunque adviene de lo griego, por la lucha y el combate, tiene en su fondo un neo-eclecticismo, y en su forma acaparamiento de las diferentes expresiones con que en el lenguaje actúa el sér. Acerca de esto habrá tiempo de ocuparse en otra oportunidad.

Con estas tendencias ultramodernistas, si bien se han extraviado muchos, se ha logrado establecer capacidades produciéndose variaciones y movimientos imprescindibles. Desde luego, tales conflagraciones, tales agitaciones especulativas, tienen que ser naturales en el horno en que se funden el espíritu y la pasión humanos y ello no indica más que el hombre y donde actúa son movimiento: que después de uno llega otro y que detrás de éste vendrá otro. Hay paréntesis, calmas relativas en tanto se está fermentando la levadura de lo que sucederá, continuando la marcha para mantenernos en ella inconformes, con esa inconformidad que impulsa a inquirir un más allá.

Alguna otra vez me he referido al movimiento de ultra, francés, que arranca, con mayor firmeza del 99 en demostración de la inconformidad con el *decadentismo de la Decadencia*, del simbolismo que dió tanto que hacer a los críticos, a los poetas románticos que vivían en torres de corazón donde las lágrimas eran emblemas, como lo fué la fotografía de los hechos en otra tendencia anterior y como fué lo marmóreo estatuario en otra y como la música fomentaba el *spleen*, hastío de incurables musicógrafos.

Como quedó dicho, al arrancar del 99, en ese transicionismo de René Ghil, y en la amplitud y penetración de Juan Royère, hubo la consiguiente alharaca de los que rechazaban el nuevo movimiento en el que se encontraban Max Jacob que ya lucía canas en la cabeza, mas no en la mente ni en el corazón, Guillermo Apollinaire (G. de Kostrowisky, su propio nombre) y el más joven Jean Cocteau quien se apropió con mayor ímpetu del procedimiento

sosteniendo con bizarría el destino de su poética.

Y es así cómo, en luchas y debates, ataques y defensas, se elabora del 905 al 907 en Francia, y en la tribuna de Royère, en su periódico LA PHALANGE, lo denominado cubismo. Y es a principios de 1908 que sale a pruebas. Cocteau prepara en seguida los poemas del libro LE CAP DE BONNE ESPERANCE. Estos poemas se leyeron en ediciones de Royere, y al ser publicados, Valery, Paúl Valery, enarbola defensas de su poesía pura, principios de estética de una poesía, si bien vital, tendiente a lo cósmico y de arquitectura un tanto romanista, como que estaban aún pendientes los plintos y acentos de Móreas y de Romains y porque Francia, pese a las mareas y vertientes de su cultura, no deja de mantener vestigios helénicos.

Aquí fué la debacle. Los ataques y contrataques alzaron piras de escándalo hasta llegar a Italia y a España (1)

Cocteau, ensaya a la vez teatro, dirime contiendas orales, hace *humour* y, después del CAP DE BONNE-ESPERANCE, publicó sus DISCOURS DE GRAND SOMMEIL, recopiló los debates habidos, y al estar reforzado con nuevos elementos, como Francis Giradoud, combatieron a los que venían después de Andrés Chenier, pasando por Víctor Hugo, Lamartine, Solá, los Goncourt y hasta no se les escapó Mallarmé quien, puede

(1) En un estudio acerca de ULTRAMODERNISMO que contiene las tendencias de Vanguardia, fijaré recorridos históricos. Este apunte no es más que algo extraído de tal estudio, el que espero sea publicado en uno o dos volúmenes cuando la oportunidad se presente.

afirmarse, es la precedencia del Ultramodernismo.

En 1915, confronta, se afianza en su posición y república sus poemas, con médula incendiada, más afebrados y más difíciles a la general comprensión, más llenos de visiones, desarraigos temporales, nutrición de alturas, tormentas estelares, pitagorismo fónico, esquirlas zodiacales, alteraciones orgánicas, pulsos de estratósfera, choque de cielo y tierra y un desflecar de horizontes, oblicuos, quebrados, verticales, puestos de pie o haciéndolos girar absurdamente, llevando sobre sí y en las espaldas de un diámetro, al mundo, o cabalgando en ilusorias bestias de lomos a la tierra. Y vinieron después: POESIE, VOCABULAIRE y el canto llano de las funciones gregorianas; pero un canto en el que no hay llaneza sino perpetuación de estrategias dimensionales: PLAIN-CHANT.

Pareciera que hasta 1912, hasta que ya había saltado al público el futurismo emigrado de Italia, con precedencia en América, se afianzó el cubismo en Francia, y cuando ya también en Suiza estaba combustionándose el dadaísmo y cuando el surrealismo tomaba plazas firmes para presentar sus realizaciones de subconciente.

* *
* *

Bien. Quiero dar en estas páginas poema de Jean Cocteau. Como podrá y debe apreciarse, es difícil traducir intenciones, penetrar hasta lo recóndito las visiones del autor, sobre todo en estos vaivenes del cubismo en los que hay que extraer hasta los menores detalles, tanto de lo fundamentalmente expresivo, co-

mo de la aleación de la metáfora y su contenido en donde hay confusión de dimensiones, de la imagen que a veces pierde su fuerza representativa para ser, al mismo tiempo, esencia y presencia, entraña y epidermis. En esta dificultad hay que buscar todos los recursos, desde el idiomático, hasta el intensivo e intencional, y, con ello, lo que proyecta y asume.

En esto se ha trabajado y, queriendo llevar a quienes buscan en todo momento información oportuna, va esto. En el aprovisionamiento del poema estará lo que se ha hecho. Y ya no se asustarán quienes, desconociendo lo que ha habido acerca de estas tendencias, han supeditado a un «no sirve» su conocimiento, tal como pude verlo escrito en uno y otro cuaderno de literatura al tratar de lo Ultramoderno, que ya está catalogado en la historia de la literatura universal y que tiene salientes visibles, sin discusión en ésto, como todos los movimientos literarios que, tanto en Francia, en Italia, como en España, partiendo de aquí con el Arcipreste, hasta el culteranismo gongórico, que es de donde la raíz ha venido alimentando descendencias para culminar en estos tallos de movimientos neo-culteranos, los cuales en la actualidad de América, se quieren abolir para dar paso a la expresión de una poesía de contenido propio, pero aventado a lo universal: poseía expositiva y creadora de una condición vital y social por lo que ya pueden apreciarse cómo los lineamientos se aclaran, se alejan de ellos los inextricables laberintos, a fin de que la ebullición y poder de la poesía esté más de acuerdo con lo que somos en el mundo, sin buscar —eso sí— finalidades determinantes

porque sería limitar, poniendo vallados y fronteras que en cultura tienen que anularse.

Está así pasando en el pulso de América aquel afiebramiento de tinieblas incendiadas, zarzas ardiendo dentro de los subsuelos literarios, oros y demás metales confundidos para muchos en una aleación indefinible.

Los poetas jóvenes de América, de juventud mental y comprensiva, se están manifestando con claridad; desde Argentina y Brasil, hasta México, América del Centro y Venezuela.

Sin embargo, como hay que conocer arraigos, debemos saber de lo que hubo, de lo que conmovió cimientos de la cultura ambiente del mundo y de lo que hay en el avance hacia el porvenir, ya que, ineludiblemente, estamos situados: dentro del pasado, por la historia y por el recuerdo, y dentro del futuro, porque somos futuros impulsados siempre a buscar un más allá en la existencia.

Juan Felipe Toruño.

San Salvador, mayo 1943.

..

El Día de las Américas

El 14 de abril próximo pasado, entre los números dedicados a la celebración del Día de la Fraternidad Continental, hubo uno desarrollado por el Grupo América, de la Sección de El Salvador, en el radio teatro de la YSP, La Voz de Cuzcatlán y que tuvo una hermosa resonancia, tanto por la calidad del acto, como por el pensamiento y parte artística contenidos en tal ceremonial.

En dicho acto, dijeron sus ideas de alta constitución democrática, miembros de la Institución. Así, hizo uso de la palabra el profesor José Andrés Orantes, miembro del Grupo y Subsecretario de Instrucción Pública; don Guillermo Machón, periodista y Secretario de la entidad,

doña Victoria Durán de Arango, renombrada artista, miembro del Grupo América y el Presidente de éste, don Juan Felipe Toruño.

Ejecutaron piezas musicales, de un valor artístico reconocido, música de Cámara, el eminente artista paraguayo Nitsuga Mangoré y la niña Lilliam Rivas, alumna, precoz artista, de la señora de Arango. Asimismo, el Miembro activo Señor Don Francisco José Alvarado, quien se encargó de radiar el homenaje.

Como decimos, fué ese un hermoso acto, ya que hubo muchos en ese día, que es de todos nosotros, por la solidaridad, espíritu y fraternidad continentales.

Tentativa de Evasión

De Jean Cocteau

*Indicaciones para
los que se quieran
alejarse de la tierra*

Tú carcelero
cultiva ara economiza despóstate
copula

y pesado
y pesado tu pie

registra tu lote patrimonial

tu suela de plomo

antípoda

Hunde tu pala
revuelve tu campo
forzado geológico

Triste labor del planetario

Prisionero de tu presencia
el suelo estratificado te aspira
hijo de la tierra
y retenido umbilical

De barriga contra ella
se lleva el infinito a caballo
sobre el lomo

Pesado pesado
barro déspota

De un sólo beso la madre aplasta
al hijo pródigo

Esta mariposa blanca
un mistral de céfiro
le rompe la cadera
por las colinas
hasta donde va

después de la misa

se cierra sobre una sombrilla
El pájaro arbolicola

Entusiasta árbol pagano
que aclama la estación
absorbe la savia
de las catacumbas

Yo escucho
los sordos piochazos
los choques sordos
el desconocido sordo choque
los choques sordos de la piocha

El minero de pie
contenía su respiración
perforando la galería invertida
Busca reunirse
con los otros

Hermano de pilotos castigados
ahí donde la asfixia sube

La enfermedad del cielo es la perla

Todos mueren en el litoral
de los paseos
prohibidos

Yo el vasco del triste esfuerzo
el capitán
de pie en las tinieblas
muy sensible a lo inhumano
esperaba los parlamentarios
de una alianza en el vacío

Cromatismos
nuncavistos
impiden
la tuberculosis

Una hélice
visible en otra parte
su fantasma rónca donde nosotros
probando el disco
y corta la mano incrédula

pues
este ángel antes distraído
bien podría
ante nosotros
aparecer

El adorable gigante len ta men te se condensa
repentinamente ahí

Primero la espalda
después al saltar
Jacob rueda encima

Esternón rodilla hueso yerba
lucha
choque estrecho
Sentía el ala
en el homóplato
el jorobado tibio
soplo desigual
de una oprimida nariz
vapor
contra el cuello
Intenta morder

Su sudor embalsama

Un paquete de carne
en el redondel de sombra

noche cálida

El joven monstruo fabuloso chapotea
un baño final de cisne enorme

Jacob encuentra
una ventaja
de pesantez
Pesa
respira
elástico

aplasta
 espasmo de cisne
 echado encima
 pesa
 espasmo de cisne
 encima

Leda macho feroz

El gran negro estrellado americano del match
 titubea
 ebrio de rosadas bofetadas

Todavía un poco de valor
 ¿sus manos? aquello se desliza

Los gallos reparten el alba

Por fin
 ver esta caza
 frente a frente
 Aspira gallos
 pesa gallos
 yerba gallos
 pista de sombra gallos

Jacob lucha contra el ángel
 toda la noche

Por la mañana
 estaba solo

Taludes Yunque Angelus

Los gallos
 humedecen el alba

Este vencedor anquilosado se duerme
 o se despierta
 sin
 siquiera una caricia
 sin
 siquiera alguna cosa de Armida

Yo había creído tener el ángel

mi dedo mojado
despierta
un astro

éo ié iu ié
é é ié io ié
ui ui io ié
aéoé iaoé
auia ou aoé
ioio ioiu
aéiouiu
iuiaé ui ui io ié
o é o
aé oé
oé aé ieua ieoa
ieaoaoa iéua ieua
oa oa ieua
ié ié é é
es cucha
la música de las estrellas

Me duele ser hombre ¿comprende usted?
Si usted supiera de dónde desciendo
Todo reía al revés
He crecido como un cataclismo
todo
reía
al
revés
He atravesado
he atravesado la floresta virgen de guirnaldas
El cielo tiene sus hamacas
Venecia sus góndolas
La noche con el día cambian palabras

Alto ahí yo acuso el fastidio

Yo encontraré la palabra del baúl
Yo no me suicido
Yo no me doblo Sicambre
yo cavo mi tumba
yo me ensaño
donde todos
se resignan

Y no más mapas
 no más brújulas
 no más confituras
 de cebo
 no más aeróstato de oro
 encantador de focas

En otras partes fluidos oberturas
 No es la arena humana
 la que un ángel deja
 huellas
 Donde se sentaba para morir
 habiendo todo
 Alejandro

 una mañana Colón
 leva el ancla
 Atrevido atrevido joven equipo
 nosotros descubriremos la América

Un obus de risa glacial estalla
 en el puente
 dispersa los corderos empujados
 por la ola

Un deseo desconocido adorna las fragatas
 El mar mece un cielo recién nacido
 El piloto de gran corazón
 respira
 a pesar de todos
 una incertidumbre indígena

Mi nota mi fragata
 mi grito
 donde le región de cera del silencio
 ahoga un grito
 donde
 el soprano enmudece
 yo canto

Malibrán
 muere
 en la garganta
 del hijo
 de este panadero

La ciencia lenta y que cuenta sus piernas
 galopa ha perdido

la huella
del poeta

Entre A y B
menudean las señales

Infra do
Ultra si
donde

el águila despluma ciega
donde
la sangre de la morsa
congela un arbusto de cristal negro yo vuelo y nado

Escuchadme detrás del silencio
escuchadme sobre el silencio

Mi hueso golpea
el exterior del Alpha
y el exterior de la Omega

Me deslizo
a lo largo de intervalos
incalculables
aceitados
en las pendientes sonoras
suena
prado más allá intervalos

Acecho en el apostadero
cazador de ángeles

En este umbral
hasta el más vencedor
se interrumpe
pobre de conquistas

Yo chancoo con la eternidad.

JEAN COCTEAU.

(Del libro "Le cap de bonne Espérance" — 9a. edición)

Tradujeron Francisco Sosa, Arturo Rivera Pinto y Juan Felipe Toruño

Información

Las labores desarrolladas por los diferentes organismos de cultura en el país, se acentúan de modo firme tendiendo a establecer una mayor expansión del contenido mental y para un mejoramiento colectivo.

Es de notarse que, dentro del ambiente intelectual, los principios democráticos y la defensa de los intereses del espíritu mantienen sus líneas de avance y que, no obstante las condiciones en que se encuentran los países del Continente con motivo de la guerra, la labor no se interrumpe. Las instituciones todas dan su pulso vivo y en ello el esfuerzo se mantiene sin decaer.

Relaciones Exteriores

Existiendo como existe la crisis del transporte, absorbiéndolo casi todo las necesidades de guerra, no se interrumpen las relaciones entre EL ATENEO DE EL SALVADOR y las demás entidades con que se encuentra vinculado desde hace muchos años. Y aunque lleguen con retraso los materiales que se nos envían —así como han de llegar los nuestros— siempre llegan las publicaciones, advirtiéndolo en ellas el afán y la constancia de esta necesidad de unificación y de mantener los estrechos lazos de cordialidad para servicio de los altos fines de fraternidad continental.

Envíos a Coordinación

Por medio de nuestra Secretaría, han sido enviados al Coordinador de asuntos americanos de Estados

Unidos, todos aquellos datos y colaboraciones que se han solicitado, enviando artículos, cuentos, material lectivo, poemas y lo que es producto del pensamiento.

De esta manera se coopera eficazmente solidificando una estructura que debe ser fuerte y, desde luego, con el entendido de la Buena Vecindad.

Memoria de Instrucción Pública

Sin el espacio y tiempo necesarios para ello, dejamos para el número siguiente una mayor información estadística, propósitos y demás informaciones de importancia, referente a la labor desarrollada en Instrucción Pública, de la cual informó a la Asamblea legislativa en su oportunidad, el Subsecretario Profesor don José Andrés Orantes.

En esta labor, pese a las circunstancias que atraviesan las naciones todas del mundo, se ha estado manteniendo el impulso beneficioso, tratando de ir siempre en la delantera y promoviendo la necesaria orientación para conseguir un mejor acoplamiento en todos los órdenes educacionales, de docencia y cultura.

El señor Orantes —actual Presidente del Ateneo— trabaja con tesón, infatigablemente, en estas labores y, como decimos, en nuestra próxima daremos los informes y detalles exactos de tales trabajos, cómo se ha venido ensanchando la faena y cómo se ha conseguido ir por rumbos adecuados en este caminar constante de superación y perfeccionamiento.